

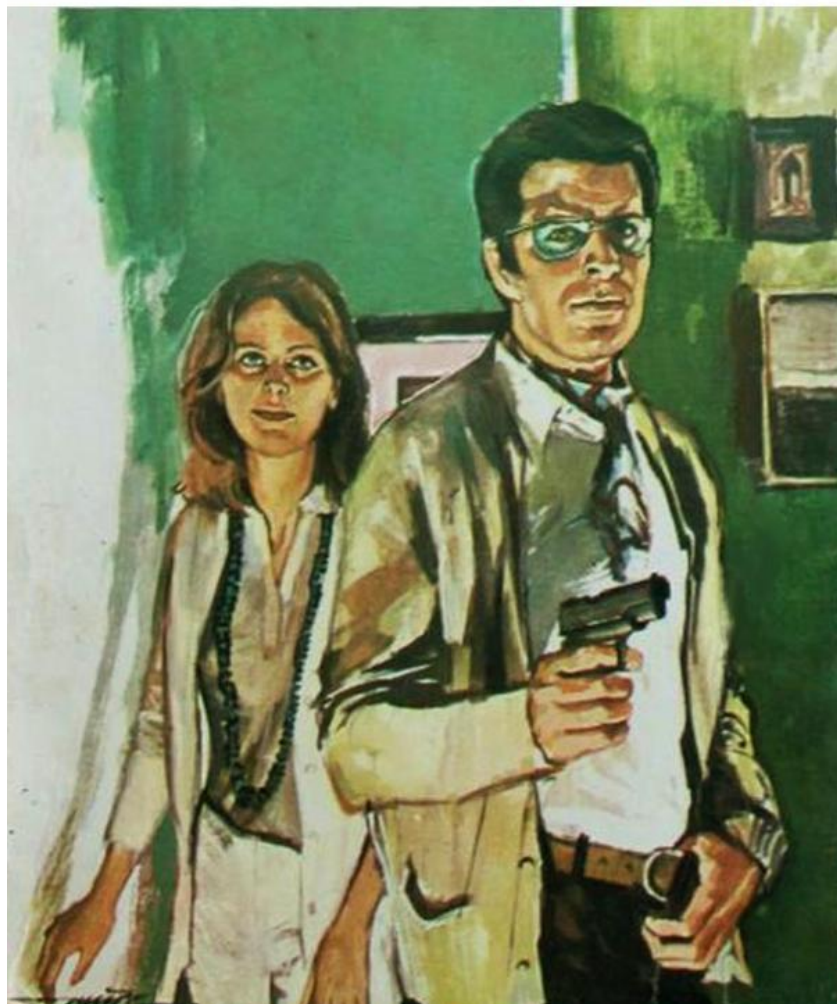
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

plomo para Karina

peter debry



COLECCION

PUNTO ROJO



PETER DEBRY

PLOMO PARA KARINA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 452
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 39.372 - 1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1970

© PETER DEBRY - 1970

sobre la parte literaria

© JORGE NÚÑEZ - 1970

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.159 — Pista para pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.032 — Un tigre y tres ingenuas.

En Colección BUFALO:

870 — Grabado al plomo.

En Colección CALIFORNIA:

714 — Dúo para sogá.

En Colección SALVAJE TEXAS:

614 — Legionarios del «Colt».

En Colección COLORADO:

462 — Telón de plomo.

En Colección PUNTO ROJO:

444 — Tras su propia pista.

En Colección ASES DEL OESTE:

374 — Mercenarios del plomo.

En Colección KANSAS:

640 — Lobos con espuelas.

CAPÍTULO PRIMERO

Duff Chambers, tendidas las piernas sobre la mesa del despacho, leía una revista de crónicas sociales, edición de lujo limitada. Tenía que ir asimilando los apellidos de la sociedad selecta de San Francisco.

Pese a los anuncios aparecidos en toda la prensa, incluida la revista que estaba leyendo, la agencia Chambers no había recibido todavía la visita de ningún cliente.

El anuncio insertado era elocuente:

AGENCIA DUFF CHAMBERS

Investigaciones de toda clase

Especialista en divorcios

Añadía la dirección del recién alquilado apartamento; en cuya puerta la placa de caobilla transportable especificaba:

DUFF CHAMBERS

investigaciones

Ya había sido atornillada en otras tres puertas, desde Nueva York, pasando por Miami y Reno.

En las tres anteriores ciudades donde había ejercido su profesión, las mujeres le consideraban atractivo al principio de conocerle. Después, ya conocido, había diversidad de opiniones.

Alto, enjuto y de rostro anguloso, practicaba a diario una gimnasia muy especial, y también a diario dedicaba un par de horas a bailar, un ejercicio en el que destacaba, sonase el ritmo que sonase. La música le tenía sin cuidado. Lo que le importaba era la mujer que se movía delante suyo.

Recordando su última aventura en Reno, sonrió aviesamente. Ya no llevaba las huellas del alevoso taconazo en la ceja. Una experiencia que había asimilado. Lo que no mata, enseña, era su

lema.

Nunca más le volvería a suceder eso de creer a una ingenua que candorosamente le dijese que «todo quedaba perdonado». Se descuidó, confiado, y en el momento más inesperado, cuando creía que le iba a dar el beso de paz, recibió un taconazo, empuñando ella el zapato con alevosía, premeditación y gran disimulo.

Saltó en pie con elasticidad, al oír el timbre tintinear en su puerta. La que daba acceso directamente a su despacho.

Fue a abrir, ajustándose las solapas de su americana deportiva y el nudo de la corbata de punto plateado.

En el marco se encuadraba un individuo de espaldas macizas, rostro chato de boxeador y ropa excesivamente deportiva.

—Hola —silabeó el visitante.

Llevaba un tirolés de un verde rabioso, cuya cinta más densamente verdosa se adornaba con una plumita roja.

Avanzó hacia uno de los sillones de cuero, sentándose.

Tras cerrar la puerta, Chambers fue a ocupar su sillón. Reía, divertido, brillantes los ojos pardos.

—¿Pasa algo? —masculló el visitante.

—Lo que tú quieras, puede pasar. ¿Quieres un trago?

—De momento no tengo sed, granuja.

—Mejorando lo presente, crápula.

—Esta es tu desgracia, bribón.

—¿Tener que empezar el día contigo delante, mangante?

—Tu desgracia es creerte un gracioso.

—Estamos hablando como viejos compinches y, que yo recuerde, no nos conocemos de nada. Me llamo Chambers, ¿sabes?

—No nos conocemos, pero te vi el pelaje allá en Miami.

—Ya me parecía que tenía el asco de haberte visto antes.

—Mi patrón ha leído tu anuncio, y me dijo: «Oye, Prescott, llégate a ver qué se trae entre manos este granuja de Chambers». Y aquí estoy.

—Estamos en un sexto piso. Entraste por la puerta, empleando el acceso para subir. Y apenas asomaste, me di cuenta de que eras un pájaro. Lo que falta por saber es si vuelas.

—No me asustes tan pronto, hombre.

—Trata de escoger bien tus palabras, porque a mí, por ahora, me hacen falta cinco como tú para que empiece a pensar en sentir un

vislumbre de conato de leve impresión.

—No, si te digo yo...

—El que dice soy yo, Prescott. En Miami tu patrón me envió también uno de esos que presumen de desayunarse con un nene crudo. Sé que es Buster Bradford quien te envía, porque os hace llevar la plumita esa, a los que trabajáis para él. Capricho o un sistema de reconocimiento, allá vosotros. ¿Quieres un trago?

Señaló Chambers hacia el frasco y las copas, en una bandeja encima de la mesita a su lado.

Prescot denegó con la cabeza, ceñudo.

—¿Esperas visita?

—Sí y no. Anda, desembucha y lárgate.

—En Miami le pisaste un buen asunto al patrón. Pasa que ahora hay una chica que anoche recortó tu anuncio de un periódico, aunque conseguimos quitárselo. Puede que, venga a hacerte preguntas o pedirte que metas las narices en cosas que no te beneficiarían. Hay dos ofertas. Las tomas o las dejas. Pero el patrón prefiere jugar limpio contigo.

—Eso es un chiste malo.

—¿Dónde está el chiste?

—Citar limpieza allá donde andemos mezclados Bradford y yo.

—El patrón dobla la oferta que pueda hacerte la chica, si es que viene a visitarte. Claro, tú cobras de ella, y luego del patrón.

—Al que bastará que yo le repita lo que quiere o busca la chica en cuestión. ¿Cuál es la segunda oferta?

Bart Prescott, que había sacado del bolsillo un mondadientes, lo hizo viajar un instante de maxilar a maxilar. Se puso en pie.

—Ya puedes ir figurándote lo que pasará.

—No, no puedo. Soy muy torpe.

—El patrón está dispuesto a olvidar la mala faena que le jugaste en Miami, pero si ahora vuelves a entrometerte, habrá plomo para ti, y seremos varios los que cantaremos en tu funeral.

Chambers asintió, riendo.

Prescot le miró, receloso.

—¿Me tomas por un novato, Chambers?

—No hombre, ni mucho menos. ¿Lo era Lester Lizzard? No lo era. Como tú, era un matón de vieja escuela. Vino, como tú, a verme en mi despacho de Miami, de parte de Buster. También me

habló de plomo y funeral. Y hubo ambas cosas. No se había equivocado, salvo en un detalle. Hubo funeral, pero el que iba en la caja era él. ¿Eres tú ahora el suplente de Lester?

Prescot examinaba las paredes. Aglomerado de corcho. Despachos insonorizados. No llegaba ningún ruido exterior. Ni trascendía desde el interior.

—Muerto Lester Lizzard, el patrón me ascendió. No creo que sirva de nada prolongar nuestra charla. Hasta la vista. Escoge con tiento.

—Cierra la puerta suavemente al salir.

Bart Prescott dio un violento portazo.

A solas, Chambers volvió a extender las piernas, enfrascándose de nuevo en la lectura de la revista.

Al poco tiempo dormitaba, porque la noche anterior había prolongado su ejercicio, que se inició al son de la música en el Paloma's Nest.

El timbre no le despertó, porque, después de remojarse cara y cabello, se disponía a salir para almorzar.

Acudió a abrir.

Una muchacha de unos veinte años, alta, muy negro el cabello bajo la boina blanca, agradable en conjunto de chaqueta y blusa blanca con minifalda negra, avanzó ante la muda invitación de Chambers, que le indicaba un sillón.

Era una muchacha de las que por la calle incitaban al más flemático a girar la cabeza y aminorar el paso, para no perderse detalle.

Tenía una boca carnosa, húmeda por el mohín o tic nervioso de, chuparse el labio superior. La blusa blanca se ponía tensa al compás de su entrecortada respiración.

—Supongo que usted será Duff Chambers.

Una voz de adolescente tímida, que era desmentida por la mirada cínica, calculadora.

—Yo soy Duff Chambers, en efecto.

—Me he informado de que existe una fórmula para evitar que un investigador privado vaya a la policía, contándole lo que su cliente pueda decirle.

—Sí. Hay una fórmula.

—Entonces, con solo escribir de su puño y letra que renuncia a

dar crédito a las insinuaciones de Harina Duncan, que soy yo, por considerarlas fruto de su imaginación, y firmar, pasaré a continuación a exponerle mi caso.

—La fórmula más sencilla es no contarme su caso. A mí me fatiga horrores escribir. Y más aún, firmar.

—Es tal como me dijeron.

—¿Quién?

—Usted.

—Lo que pregunto es quién fue la persona que le informó cómo soy, cómo se figura que soy.

—Una amiga. Usted ha resuelto muchos casos de divorcio, ¿no es verdad?

—No lleva usted anillo de casada.

—No soy yo quien quiere divorciarse. Lo que deseo es que se divorcie el hombre que yo... el hombre que me interesa.

—De aquí a Reno apenas hay tres horas en coche. Y en Reno abundan los especialistas de primera. ¿Por qué me elige a mí?

—Será porque es usted un guapo interesante.

Lo manifestó ella seriamente. Con no menos gravedad, afirmó él:

—Tampoco está usted nada mal, créame.

—No se trata de mí, en este caso particular. Quiero obtener el divorcio de él, con prueba de culpabilidad contra ella.

—¿Y cómo no ha venido el Adán en disputa entre la Eva que quiere conservarlo y la que quiere adquirirlo de segunda mano?

—Porque él no quiere que puedan relacionarlo con usted.

—¿Cómo se llama él?

—Primero quisiera que me escribiera y firmase el documento que le impedirá pasarse al bando contrario.

—Antes me dijo que conocía esta fórmula, pero para que yo no fuera con su caso a la policía.

—Dígame el precio de su consulta.

—Ha sido un placer admirarla de cerca y gratis.

En pie, ella jugó un instante con su bolso blanco entre sus manos enguantadas de malla negra, al igual que sus piernas.

Parecía como si meditase estampar el bolso contra el rostro anguloso y burlón de Chambers.

Volvió a sentarse. Cruzando las piernas, pidió:

—Deme un pitillo, ¿quiere? Terminé los míos antes de llamar a

su puerta.

—Titubeo normal. Lo de siempre.

—Gracias.

Y apagó con una bocanada de humo la cerilla que había ofrecido Chambers. Entornados los párpados, especificó ella:

—Tengo autorización para llegar hasta los cinco mil dólares, si sabe usted ganárselos.

—De cuanto me lleva dicho, es lo primero que me llega recto al alma. Cuénteme ya su caso. Cuando lo termine, veré si me conviene o no escribirle el documento de «incapacidad legal reconocida».

—Ella no es mundana. No acude a clubs nocturnos ni a exposiciones. Vive casi recluida en su magnífica casa de Oakland. Ni el más artero de los leguleyos podría acusarla en demanda marital. Pero usted puede ingeniar algo que permita al hombre que... que yo amo, divorciarse.

—El hombre que usted desea apropiarse, ¿sabe que ha venido a solicitar mis servicios en el ramo de divorcios?

—Ya le he dicho que paga él.

—Del dicho al hecho hay un gran kilometraje.

—¿Qué insinúa? ¿Qué trato de comprometerla a ella para conseguir que él la repudie?

—En mi anuncio afirmo ser especialista en divorcios. Y si supiera lo que es esto, a lo mejor hasta usted misma sería capaz de sonrojarse.

—¡No sea idiota, Chambers! No me tome por lo que no soy.

—Ahí la estaba esperando. También me ha tomado usted por lo que no soy. Si la esposa de su bienamado es una mujer decente, no puedo decir lo mismo del marido.

—¿Acaso le conoce?

—De oídas me basta para deducir que es un verraco. Si su esposa es decente y casera, le toca decirle: «¡Mira, querida, me he enamorado de otra. Perdóname, chica, pero mi lealtad y afecto, etcétera, etcétera». Y en vez de hacerlo así, la envía a usted.

—No pensé que iba a encontrarme con un predicador.

—Con quien se ha encontrado es con un hombre que iba a comer, y que cuando puede ser decente procura serlo.

—Está bien. Él no sabe nada.

—Eso ya va mejor. Entonces, usted, enamorada a fondo, lo que

pretende es que él, apenado, descubriendo una supuesta mala acción de su cónyuge, acuda a consolarse entre sus largos brazos de sirena falsa y embrujadora.

—Más o menos, así es. No me ofende, Chambers, por aquello del refrán.

—¿Cuál? ¿El de la olla que le dijo al cazo que se apartase que tiznaba?

—El de que no ofende quien quiere, sino quien puede. ¿Está dispuesto a ganarse cinco mil?

—Siempre acaricio esta ilusión.

—Escriba, entonces, la fórmula habitual.

—Ya que insiste...

Abrió Chambers un cajón.

Fue el momento en que ella, sacando del bolso una diminuta pistola, disparó rápidamente.

CAPÍTULO II

Desde que Karina Duncan había entrado, Chambers presintió algo anormal. Habitualmente, no inspiraba odio a las desconocidas.

Y rebosaban odio, aunque lo disimulase, las negras pupilas de Karina.

La primera bala rozó el respaldo, del sillón giratorio. La segunda hizo saltar en añicos el cristal de un cuadro.

La tercera se incrustó en el corcho de la pared lateral.

También había descrito tres trayectorias Duff Chambers.

La primera, apenas abrió el cajón, fue lanzarse a un lado de rodillas. La segunda le hizo aparecer al canto de la mesa como un diablo surgiendo de una caja con resorte. Provocó la rotura del cuadro.

La tercera trayectoria tuvo un final poco galante.

Derribó a Karina con su sillón.

Hubo un perneo de forzoso *french-can-can*, y la pistola pasó a poder de Chambers que, recuperando la posición vertical, invitó:

—Siéntate en otro sillón, Karina.

Humillada, chupándose los labios, primero se arrodilló ella, para luego incorporarse lentamente. Se cogió con la zurda su dolorida muñeca derecha.

—Comprobado que no llevas armas en el portalligas. Y tu bolso ha desparamado un contenido femenino, una vez fuera esta filigrana de pistola, vamos a ir a la policía, apenas te recompongas un poco, Karina. Eso de servirme como aperitivo tres balas, aunque sean de pequeño calibre, es inaceptable. Y conste que soy un hombre tolerante.

Chambers se había sentado en una esquina de la mesa... Ella, torpemente, lacia la mano derecha, se arregló la ropa.

En el suelo, con la boina, yacían un estuche de maquillaje, pañuelo, llavero, un tarjetero y una carterita, de la que asomaba la

esquina de un billete de cincuenta dólares.

—Cuando quieras, nos vamos. De momento queda claro que me metiste un cuento para inducirme a tener las dos manos ocupadas. Todo planeado para rociarme con plomo. Una perspectiva poco de mí gusto. La policía te preguntará el móvil del frustrado homicidio. En este distrito— tengo entendido— que manda en la brigada de Homicidios un capitán llamado Hartland. Dicen que es poco partidario de la blandenguería.

—Además de asesino, eres un cobarde —murmuró ella, sin mirarle.

—Mira qué bien... ¿Conque soy yo el asesino? Está todavía caliente tu cañón, nena. Escucha, si estimas una cobardía el llevarte a la policía, debido a que tengo la saludable intención de morir lo más tarde posible, cabe un arreglo. Dime por qué quisiste matarme, o quién te envió, y podemos ahorrarnos la molestia de visitar al capitán Hartland.

Recogió ella del suelo el estuche, del que extrajo un peine. Su rostro rebosaba desdén.

Afirmó Chambers:

—Me contentaré con pasarte la factura por desperfectos en el corcho y el cuadro.

Se perfilaba ella los labios con el lápiz. Un hermoso color natural.

Chambers disfrutaba de una excelente vista. Leyó en el suelo los dos nombres escritos en una cartulina que había salido del tarjetero.

Y lo comprendió todo.

Su entonación ya no fue incisiva ni mordaz:

—Vamos, nena. Franquéate conmigo, y verás cómo no soy tal como me han pintarrajeado.

Cerró ella el estuche, inclinándose de nuevo para recoger su boina y los esparcidos objetos que fue introduciendo en el bolso.

Al incorporarse, coloreados los pómulos, clavó en Chambers una mirada rencorosa.

—Cuando quiera, podemos visitar al capitán Hartland. Pero le advierto que tanto vale lo que usted dirá como lo que yo diré. No ha habido testigos. ¿Las tres balas en los tabiques? Puedo haberme visto obligada a defenderme.

—Eres bonita, Karina, pero no tanto. Entre las muchas

reputaciones que, ciertas o falsas, me atribuyen no figura la de ser un león rugiente que ataca, famélico.

—No hay testigos. Y si me detiene el capitán Hartland, saldré. Más tarde o más temprano, pero usted...

—No lo digas. Escucha, muchacha, tienes una boca hecha para besar, no para amenazar. Y apártate de Buster Bradford.

Respingó ella. Por vez primera, sus ojos no fueron rencorosos, sino ingenuamente sorprendidos.

—No soy ningún fakir, guapa. Hace unas horas me visitó uno de los matones a sueldo de Bradford. Estudia la topografía del despacho. Y después, te mandan a ti. Te están explotando de mala manera, Karina. Tú solo has oído campanas tocando a muerto. Yo no tengo hermana, pero si la tuviera, le aconsejaría que, antes de perderse matando a un hombre, averiguase lo que realmente sucedió.

Dilatados los ojos, musitó ella:

—¿Por qué... menciona a una hermana?

—Hablé simbólicamente. De todos modos, en tu tarjetero, la cartulina dice Karina, pero no Duncan, sino Lizzard.

—¡Sí! ¡Karina Lizzard! ¡Ahora ya lo sabes! Y comprendo por qué, de pronto, te has puesto tan amable.

—No, no lo comprendes. Escucha, lo que sucedió en Miami te lo ha contado Bradford o alguno de sus matones. Y es natural que ellos carguen las tintas negras sobre mí. Yo no asesiné a tu hermano Lester. Es molesto, pero has de oírme.

—No quiero.

—A tu gusto. Entonces, me oirás delante del capitán Hartland. No me interesa en absoluto morir tontamente, y que tú seas la segunda víctima de Bradford. Te advierto que Lester podía tener sus defectos, pero hablaba muy bien de una hermanita suya, que estaba interna en un colegio de señoritas ricas. ¿Crees que a Lester le agradaría saber que pagó matrículas caras para verte fregando pisos en un presidio femenino?

—Ya me dijeron que eras falso como un chacal. Ahora sonrías afectuosamente, pero no me engañarás. Mataste a Lester.

—Por culpa de una ley primitiva e internacional, muchacha. Ley de supervivencia. Es como en la guerra. Luego, viene el armisticio. Yo entonces no declararé que era Bradford quien había enviado a

Lester a suprimirme porque no tuve pruebas. Pero si tú llegas a hincarme plomo, ni el mejor de los abogados te salva de cinco años de cárcel. Primero, porque no tienes licencia para uso de armas. Segundo, porque si bien es una atenuante que seas hermana de Lester Lizzard, averiguarían que Bradford te envió a matarme.

—Vine por mí propio impulso. Llegué anteayer a la ciudad. No conozco a Buster Bradford.

—¿Y esta filigrana que echa plomo la compraste en la droguería de la esquina?

Contempló ella los saltos que en la palma abierta de Chambers daba la diminuta pistola.

Dijo secamente:

—No te sientas generoso conmigo. Termina ya con el teatro. Vámonos.

—Vete tú. Medita y olvídate de mí, Karina. Repasa bien la Prensa de Miami y consulta con la policía. Te dirán lo mismo que ya quedó escrito en el expediente. Lester Lizzard me disparó desde su coche...

—¡Esto fue un arreglo entre la policía y tú!

—Por favor, colegiala... Lo que acabas de decir lo oye cualquier policía, y te escarmientan. Yo no te discuto el derecho de tenerme muy poco afecto. Pero no me mortifiques obligándome a decirte que si bien Lester para ti fue un gran chico, no era tan buena persona para los que estorbaban los negocios a su patrón. Mira, procura ser sensata, y abandona esta ciudad. No te producirá el menor beneficio la compañía de Bradford. Tarde o temprano él y los suyos darán un paso en falso, o si te complicas con ellos, a la larga, el plomo será para ti, Karina.

—¿No me llevas ante el capitán Hartland?

—No, y te diré la razón. Si sale a relucir Bradford y esos tres proyectiles que me destinabas, acabarías mal. No es nada simpático Bradford con las personas que le fallan. Y si él explotó tu natural afecto fraternal, no le gustará enterarse que yo sigo con vida y dando los pasos necesarios para averiguar de dónde procede esta filigrana.

Volvía la pistola a saltar en la palma de Chambers.

Karina Lizzard se dirigió hacia la puerta. Sin volver la cabeza, dijo:

—A lo mejor supones que debo darte las gracias por no denunciarme.

—Por lo único que podrías darme las gracias, y no estarás en situación de hacerlo, si ocurre, es porque si el próximo plomo es para ti, Karina, te prometo que me cuidaré de acabar con Bradford. Y ahora, tanto si te lo crees como si no, lo cierto es que ya puedes largarte de una vez por todas. Tengo hambre y como conmigo no partirías ni pan ni piñones, adiós y buena suerte.

Karina se volvió para pedir:

—Dame la pistola.

Chambers rio sin burla, melancólicamente.

—No, guapa. Soy tolerante, pero no tanto. Anda, vete y si es posible, lejos de Frisco.

Karina salió. Y Chambers cerró desde dentro, echando el pestillo. Fue a bajar la persiana. Por un instante, pensó en las conservas de la nevera. Era casi una diversión prepararse un almuerzo en la rutilante cocinilla con varios fuegos eléctricos.

Pero en el Lyon's de Bay Bridge condimentaban unos guisos succulentos.

Al salir al pasillo exploró visualmente el terreno. No había nadie. Bradford no mandaría más emisarios de muerte, mientras no pudiera quitarle «el cuerpo del delito».

Aquella pistolita de cachas nacaradas, que únicamente Bradford pudo facilitarle a la ex colegiala.

Tendría ahora que indagar y acumular pruebas, demostrando la relación entre Karina y Bradford.

Del segundo ascensor, cuyo usufructo solamente pertenecía a los inquilinos del edificio que tenían llave especial, pasó al garaje.

Su flamante «Lincoln», del que había pagado la entrada y el primer plazo, le acogió confortablemente.

El mexicano de servicio diurno, le abrió la puerta corredera.

A la señal de paso libre que daba el mexicano, embolsó Chambers.

Para esquivar, entre malsonantes imprecaciones y giros de volante, la ruidosa embestida.

El camión que le golpeó, arrancándole un guardabarros, desapareció girando por la esquina de Market Street.

CAPÍTULO III

El habitual coro de mirones y comentaristas fue dispersado por dos agentes de tráfico.

Acodado en el volante, apoyaba Chambers la mejilla en su puño.

Un guardabarros posterior, abollado, se incrustaba en la esquina izquierda de salida del garaje.

Uno de los agentes empezó por anotar los datos de la patente. Después preguntó:

—¿Cómo fue la cosa, ciudadano?

—Un camión se me echó encima. Tuve apenas tiempo de dar marcha atrás lo mejor que pude.

—¿Qué matrícula y marca?

—Visto de atrás, era un camión. Y echándoseme encima era una tonelada de hierro, una montaña. No pude ver ni marca ni números.

—No debió usted salir a la calzada antes de comprobar si había o no paso libre. Tome esta citación, por si reclama el camionero.

Cogió el papel que le tendía el agente.

Bajando del coche, entró en el garaje. Y comentó:

—Hoy es mi día malo, Pancho.

—Me llamo Ricardo —replicó, ceñudo, el mexicano.

—Conformes. Se llama usted Ricardo. ¿Y el camión cómo se llamaba?

—Era un «Stewart», de los transportistas de ganado. Estaba parado en sitio permitido, a unos cinco metros. No hubiera sido yo tan imprudente como para darle a usted señal libre si el camión no hubiese estado parado. No le oí el motor en marcha, y cuando se le abalanzó...

—Usted lo ha dicho. Admite, entonces, que el camión me esperaba y me embistió.

—Y estoy dispuesto a declararlo así, si quiere.

—¿No le interrogaron los agentes?

—Dije que no vi nada, porque estaba dentro. Verá, señor Chambers, usted es detective, y a veces, creyendo favorecerle, le podía perjudicar, si declaro que el camión estaba parado y avanzó apenas asomó usted el radiador.

—Magnífico, Ric. Ha hecho bien, y me precio de cada diez, ocho veces, al tratar de adivinar la sinceridad. Es sincero. No le molestará que le diga que al principio no le miré con cariño.

—Sí, señor, y lo comprendo. Pero le juro, por lo más sagrado, que yo me quedé de una pieza, cuando pasó lo que pasó. Le entraré el coche, que no ha sufrido de motor. Conduce usted estupendamente.

—¿Usted cree? Procure tenerme el coche listo para esta noche. ¿Podrá, Ric?

—Creo que sí.

—Ya vendrá a verle el de seguros. Dígale la verdad, solo la verdad. De momento, no recordó cuando le preguntó el agente. Fue después. Sucede con frecuencia, Ricardo.

En el Lyon's de Bay Bridge, comensal retardado y casi solitario; Chambers comió, tratando de no pensar en Buster Bradford.

Lo indudable es que no podía atacar, sin pruebas. Bradford no era un vulgar delincuente, ni mucho menos.

La camarera se aproximó:

—Le llaman al teléfono siete.

—¿A mí, preciosa?

—A usted.

—Llévate, entonces, esta fritura, para que no se acartone si la llamada telefónica se prolonga.

En la cabina, aplicó el auricular a su oído.

—Chambers a medio comer —dijo.

—Perdone, pero no puedo verle dónde está ahora —ganguéo una voz femenina.

—¿Y cómo sabe dónde estoy?

—Estaba esperando que saliera, en mi coche. Vi lo que sucedió, y seguí el taxi que le condujo al Lyon's. Cuando termine su almuerzo, ¿podríamos vernos?

—¿Quién es usted?

—Flora Hudson.

—Tanto gusto, Flora Hudson. Si esperaba usted a que saliera, es que no quiere verme en mi despacho. Si no viene aquí, es porque no quiere ser vista en mi compañía. ¿Tan comprometedor soy?

—Habrá ya adivinado que no deseo que sepa nadie que necesito sus servicios.

—Diga usted misma dónde nos vemos.

—Puedo recogerle en la plazoleta de Alvarado, dónde está el grupo escultórico. Pararé un instante junto a la acera, si estoy segura de que no me siguen. Mi coche es un «Lasalle 14», de color ámbar. ¿Puede usted estar allí a las cuatro?

—Son las tres y cuarenta y dos, por mi reloj. Cronometre y ponga el suyo al unísono, señorita Hudson. Estaré a las cuatro formando parte del grupo de estatuas al borde de la plazoleta de Alvarado.

Colgaron el aparato.

Duff Chambers regresó a su fritura. ¿Otra trampa? Demasiado consecutiva. No era tan torpe Bradford. Aceptable el fallido intento de Karina Lizzard, y casi infalible el camión.

Pero no iba a ser tan ingenuo como para suponerse que acudiría a la llamada de una nueva satélite.

No era la primera vez que un cliente pedía como anticipo una máxima discreción.

Un taxi le dejó a las cuatro menos dos minutos delante del grupo en bronce que representaba a tres conquistadores españoles y un franciscano abrazando a un indio.

El pedestal era alto, y protector. Transitaba gente y cualquier coche podía divisarse desde lejos, en las cuatro arterias que confluían allí. Mal lugar para repetir una faena como la del camión. Sería inmediatamente detenido por los motoristas de servicio.

Vio llegar el dos plazas color ámbar. Conducía una rubia, que no detalló. Estaba atento a otras cosas.

El «Lasalle» se detuvo, y abrieron la portezuela. Penetró en el interior, sentándose, a la vez que ella volvía a arrancar.

—Buenas tardes, señorita Hudson.

Un perfil graciosamente achatado, pómulos macizos, linda boca golosa, y en el espejito retrovisor se plasmaban unos ojos azules de maravilla.

—Supongo que no le extrañará esto, señor Chambers.

—Es mi oficio.

—Si no le parece mal, aparcaré en la glorieta aquella.

—Me parece una buena idea ahorrativa de gasolina.

Conducía ella prestando atención, como si no fuera muy práctica. Pudo Chambers detallar.

Flora Hudson poseía más que suficientes valores físicos para seducir a quién se propusiera. Nada equívoco en ella. Exhalaba ese indefinible aroma de mujer distinguida, por educación y sentimientos.

Sencillez de buen tono en cada prenda, y naturalidad innata, pese a la anormalidad de su cita.

La glorieta número 14, del Goleen Gate Park, permitía estacionar a la sombra los coches, y daba un atisbo de mar entre dos colinas repletas de rascacielos.

Tardó Flora Hudson en elegir dónde detener su coche. Apenas paró el motor, se ladeó un poco, sonriente.

De frente era aún más deliciosa, pensó Chambers.

—Es la primera vez que conozco a un detective. ¿No te molesta si me hace gracia?

—No sé razonar la causa, pero usted no puede molestar nunca.

—Gracias. Leí ayer su anuncio, y tampoco puedo explicar el motivo, pero el caso es que me pareció que usted no sería un detective vulgar.

—Suele ocurrir. ¿Le resulto vulgar?

—Por ahora, no. Debe ser muy emocionante su profesión. No me tome por una ociosa en busca de sensaciones. Digo que es emocionante su profesión porque vi lo que pasó. Aquel camión... y usted después, tan tranquilo, se va a comer.

—La mala costumbre de atender a esta llamada imperiosa y tan prosaica que nos exige comer para sobrevivir.

—Pero yo me figuré que usted saltaría del coche y, fuera como fuese, perseguiría a los que se le echaran encima con el camión.

—¿Los que...? Verá, yo estaba tan en primerísimo plano, que solo oí ruido y no vi nada.

—¿De veras?

Y sonreía ella, evidentemente, escéptica.

Afirmó Chambers:

—Cuando se le eche encima un camión, comprobará lo que le

digo.

—Yo llevaba esperándole unos diez minutos. Supe que estaba arriba, porque vi entrar a una mujer morena, cuando me disponía yo a visitarle. Volví a mí coche, comprendiendo que sería una imprudencia llamarle a su despacho.

—Entonces, ¿vio el camión?

—Lo vi. No había muchas cosas, en qué entretenerme, y como estaba atenta a la puerta del garaje y a la de salida, lo tuve bien a la vista.

—¿Y a los que iban dentro también?

—Eran dos hombres. Los reconocería, si los viese. Pero es más difícil describirlos. Me entretuve también en mirar la matrícula.

—Es usted un prodigio de observadora oportuna.

Mostró ella una agenda de cantos dorados sobre el tafilete azul. Quitó el lápiz de oro que cerraba la agenda y, abriendo, leyó:

—«TX 513-03 OAK». Esta es la matrícula que llevaba el camión. ¿Tiene ya idea de quiénes eran?

—Por ahora, bastante relativa. Agradecido, señorita Hudson. Y ahora, ¿me permite unas preguntas?

—Aquí estamos a cubierto de oídos indiscretos.

—No quiere que nadie la vea conmigo. ¿Es casada?

—No. Lo que pasa es que no quisiera que, después, se rieran de mí. Figúrese si me equivoco, y luego resulta que Monty Wolsey es honorable y sin tacha. Sería una metedura de pata muy desagradable.

—Comprendo. Usted, por los motivos que sean, desea saber si Monty Wolsey es digno de confianza. ¿Qué fue lo que le atrajo en mi anuncio?

—Eso de «especialista en divorcios», lo cual significa que usted sabrá adivinar cuándo un hombre puede fingir que es soltero.

—Consulte el censo y después el registro civil.

—Monty Wolsey es británico. Está con permiso, por un año, en California.

—Ah... ¿Y dónde reside?

—En el Drake.

—El Palace de los multimillonarios. ¿No tiene casa propia?

—En Londres y en, el Devonshire británico. Al menos, esto es lo que afirma. Y parece un caballero. Pero antes de que sea tarde...

—Comprendido. No creo que me cueste mucho trabajo averiguarlo. Nada sabrá el caballero Wolsey. Echaré un vistazo al Drake. Telefonéeme mañana y, si estoy vivo, ya le daré alguna información.

—¿Teme que le estén...? En fin, ¿cree que su vida peligra?

—Peligramos desde que nacemos. Yo, dada mi profesión, peligro un poco más que usted.

—Me es usted simpático, Duff. ¿Cuánto debo abonarle sobre sus honorarios?

—Lo que me cueste tomar champaña en el Drake. No podría asomarme por allí sin beber algo, al menos por valor de diez dólares. Mañana le pasaré la factura.

—¿Qué piensa usted hacer?

—En el registro consta la documentación. Conozco un modo discreto de tomar nota de la documentación de Monty Wolsey. Después cablegrafiaré a una agencia que es corresponsal mía, en Londres. ¿Sólo y únicamente desea saber si es casado?

—Y si es posible, algún antecedente. Si hizo el servicio militar como piloto de la RAF y si de verdad es dueño, como pretende, de una fábrica de raquetas, en Southampton.

—¿Raquetas de tenis?

—Sí.

—No conozco este negocio ni sus dividendos, pero alojarse en el Drake supone un centenar de dólares por día. Claro que si además Monty Wolsey es un rico heredero...

—Dice que todo lo ha ganado con su propio esfuerzo.

—Admirable. ¿Tiene usted teléfono?

—Claro —sonrió ella, tendiendo una tarjeta.

—¿Confía mucho en Monty Wolsey? ¿Le quiere mucho?

—Secreto del sumario. Y usted me promete...

—El máximo secreto. También me resulta, simpática. Le confesaré algo, que es elogioso en grado sumo. Es usted muy bonita, y habitualmente soy un majadero que prueba suerte siempre, a cambio de recibir las tortas que sean.

No sé lo que me inspira usted, pero ha sido testigo de que no he tenido una sola ojeada de esas fatuas y varoniles.

—La tuvo mientras yo conducía —sonrió ella.

—Resabios. Le telefonearé tan pronto reciba noticias. Si no lo he

hecho antes de las once, mañana, llámeme o encargue una corona de crisantemos lilas. Es mi color más odiado, pero como no voy a verlos...

—Y lo peor es que no es una fanfarronada, ni lo hace para interesarme. Le conozco hace poco, Duff, pero me dolería mucho que le pasase algo malo.

—Buena chica, Flora, buena chica, sí, señor. Y abusando de tal cualidad, ¿puede dejarme usted donde me recibió? Allí es más fácil coger un taxi.

—Si no tuviera usted un rostro tan personal, es decir, tan identificable, yo le llevaría adonde quisiera.

Daba ella marcha atrás, y viró con bastante destreza.

—No conduce mal, Flora.

—Este coche es nuestro desde hace un mes. Nuestro primer coche.

—¿Nuestro...? Bien, prometí discreción. Además, de momento, no debo acumular demasiados interrogantes en mi encéfalo. ¿Veintitrés años?

—Veinticuatro. ¿Cómo se aproximó tanto?

—Lleva usted una pulsera que al girarse mostró la plaquita. Por la fecha que creí de nacimiento, deduje con gran pupila y talento.

—Es regalo de mis padres, cuando cumplí el año. Añadían otro eslabón a cada año. Dejaron de hacerlo cuando teníamos dieciocho años.

Meditó Chambers que, por ahora, el único defecto que percibía en Flora Hudson era el extraño empleo de los pronombres.

«Nuestro, teníamos...»

Tal vez había nacido en el Oregón, donde los naturales de allí tenían la curiosa costumbre de pluralizar, al referirse a ellos mismos.

Preguntó ella, de pronto:

—¿No ha oído hablar de Peter Hudson?

—No. ¿Quién es?

Frenó ella.

Miraba casi con enojo a Chambers.

—¿Es usted de la ciudad?

—No. Soy neoyorquino.

—Ah, bueno, entonces, es distinto. Mi padre es escritor. Es

delicioso. Y cuando le conozca, le encantará. Parece tener mal genio, pero cuando habla es simpatiquísimo. Oiga, no es pasión de hija, palabra que no... Es admirable en todos conceptos. Lleva cinco años inválido en una silla de ruedas. Una enfermedad medular. Pero nunca le he visto de mal humor mucho tiempo. Tiene arrebatos de mal genio, pero es como esos perrazos nobles, que gruñen, pero nunca atacan a traición. Es necesario que usted le conozca.

—Antes, dígame algún título de sus novelas, para que la lea.

—No. Precisamente lo que no le gusta es que le alaben.

—No pienso alabarle. Si lo que escribe no vale o no me gusta, y si me lo pregunta, yo se lo diré.

—Se callará usted. ¡Faltaría más!

—Envidia a Monty Wolsey. Bien, trataré de ser imparcial.

Bajó del coche.

Ella ondeó la diestra para de inmediato prestar toda su atención al volante.

Contorneó Chambers el grupo escultórico, de nuevo alertas los sentidos.

Había ya pasado el sortilegio que le produjo la natural y candorosa personalidad de Flora Hudson.

Una mujer peligrosísima, de las que tenía que apartarse y huir.

Porque era de las que inspiraban un ferviente deseo de casarse.

Iba a dedicar su hora «musical y bailarina» al hotel Drake. De siete a nueve, y vistiendo correctamente, se podía sin ser huésped entrar en el salón de baile.

Llamó al taxi que pasaba.

—153, Telegraph Hill.

El chófer asintió. Mientras conducía, meditó que había policías qué parecían pistoleros elegantísimos.

153, Telegraph Hill era la sede de la Brigada de Homicidios.

Y aquel cliente no tenía cara de ciudadano que iba a denunciar.

Sonreía como embelesado.

CAPÍTULO IV

El capitán Hartland, corpulento, ofrecía en sus rasgos raciales un raro contraste. Ojos infantiles y boca de amargado.

Entregó la carpeta a su ayudante y dijo:

—Que pase Chambers.

Consideró Chambers muy lógico que le hiciesen esperar cerca de una hora.

Un capitán del cuerpo de detectives tenía muchos quebraderos de cabeza y problemas pendientes en la siempre turbulenta y solapada ciudad conocida por Prisco.

—¿Qué tal, Chambers?

—Magnífico, capitán. ¿Puede perder unos minutos?

—Todos los que quiera. ¿Le sienta bien la ciudad?

—Es pronto para declararme a favor o en contra. Tal como era mi obligación, al llegar me presenté a usted y luego al FBI, ya que no se opuso usted a la concesión de permiso.

—Sobran privados, pero si son buenos, bien vienen. Hay constancia de que no es usted un inepto.

—Recuerdo que me advirtió lo de siempre. «Hemos de colaborar y no entorpecernos mutuamente con reticencias», vino a decirme más o menos.

—Por lo general, la gente acude a las agencias privadas por tontería que en principio parecen de poca monta. Y algunas agencias o privados se obstinan en acudir a nosotros, cuando ya es tarde. Pese a que es sobradamente sabido que perderán la licencia para ejercer, si nos ocultan algo netamente delictivo.

—Por esta misma razón he venido a visitarle, capitán.

—Vaya, hombre... No me diga que a los seis días de estancia, ya le han obsequiado con un muerto.

—El muerto iba a ser yo mismo.

Y los ojos infantiles dejaron de ser falsamente joviales, coincidiendo en sonreír sinceramente al igual que los labios.

Hartland agregó despaciosamente:

—Pero quisieron atropellarle a las tres y cinco. Son ya las seis.

—Menos diez, capitán. Tuve una cita ajena al trabajo. Oiga, su servicio de información pita un rato.

—No me felicite. Está usted en la lista de mi distrito, y el parte de tráfico pasó a mi oficina. Un camión que huía, exponiéndose su conductor a perder el «carnet» por un año. Esto era lo de menos. Lo que me llamó la atención era que el posible perjudicado era usted, un sabueso, y esto me dio que pensar. Celebro que sea de veras aliado, Chambers.

—Una chica que me esperaba vio la matrícula. Es esta.

Escribió Chambers sobre un cuaderno, arrancando la hojilla, que tendió al policía.

Leyó Hartland para después comentar:

—De Oakland. Si no empleó placa falsa, daremos con él. ¿Tiene alguna idea?

—En estos seis días no creo haber hecho todavía nada que inspire el deseo de atropellarme.

—Pero en Nueva York, Miami y Reno, no dejó solamente corazones destrozados y amigos cariñosos.

—Como cualquier hijo de vecino, tengo amigos y enemigos.

—He estado echando una ojeada a su hoja de servicios. El principal inconveniente con que han de bregar los privados es que cuando descubren algo que nos hace intervenir, entonces la crápula reacciona de un modo absurdo. Con nosotros no se mete, pero les guardan rencor a ustedes. Tengo aquí encarpetados los casos de homicidio en que usted levantó la hiena. El primero, Guido Flavio.

—Está en Sing-Sing.

—Estaba.

—No me diga que se fugó.

—No. Pero removieron el asunto, y se benefició de la duda hábilmente manejada por un abogado influyente.

—Flavio tenía mal genio, y el truco del camión podría ser idea suya, aunque no tengo pruebas.

—Tenemos también a Curtis, el *jockey* de Miami. Usted le echó encima a la policía, pero escapó.

—Curtis es un mequetrefe de poco seso.

—Un mequetrefe, que asesinó a dos policías en la estala de Springfield.

—Pero a traición, al acecho y de golpe. Es de los que acechan en una esquina, cuchillo en mano, pero no de los que tienen cerebro y paciencia para planear nada.

—Últimamente han visto por Reo a Guido Flavio.

—No es tan imprudente como para regresar a presidio, por un sabueso de más o de menos.

—¿Qué me dice de Lizzard?

—¿Lizzard? Murió.

—Tenía una hermana. Los periódicos mencionaron a lo folletín lacrimógeno, el gran cariño del pistolero por su hermanita, a la que costeara, en otro Estado y con el apellido materno, una educación de primera.

—No creo que una colegiala conduzca camiones ni sepa agenciarse el servicio de asesinos a sueldo.

—Karina Lizzard figura en el registro como bailarina de sala de la «taxi» del 56 de Pacific Coast. Si ella se entera de que anda usted por la ciudad...

—Puedo ir ahora mismo a verla. Será mejor, ¿no cree?

—Usted sabrá. Trate de ser persuasivo. Al menos, adviértale que hemos hablado de ella nosotros dos. Mientras, buscaremos el camión. Primero me imaginé que pudiera relacionarse con algún asunto que le hubiese proporcionado su anuncio.

—Todavía no me he estrenado.

—Estrénese.

Una sola palabra, pero henchida de ocultos significados.

Duff Chambers arqueó las cejas, interrogante.

Especificó Hartland:

—No quisiera que me complicase el trabajo con horas extras, Chambers. En Miami, Lester Lizzard figuraba como jefe de sala en el garito tolerado, cuyo propietario era Buster Bradford. No me diga que no sabe que Buster Bradford ha comprado aquí el Krystal Saloon.

—No tengo nada personal contra Bradford.

—¿Y él?

—El paga sus contribuciones, es respetado y nada se le puede

demostrar en contra.

—Pero tenemos ya dos personas en Frisco que no le quieren.

—No es mi culpa. Yo quisiera ser amado por toda la humanidad, especialmente la femenina, capitán.

—Inténtelo, pues, con Karina Lizzard.

—¿Qué es lo que puedo intentar?

—Mentirle.

—Me bastará con decirle la verdad.

—¿Y por qué no hace lo mismo conmigo, muchacho?

—Ya he venido a explicarle lo sucedido.

—¿Sin reservas mentales?

—No las tendré cuando se sepa quién conducía el camión. Pero, por el momento, ¿voy a acusar a Guido Flavio, a Jim Curtis, a la hermana de Lester Lizzard, y a cuantas personas perjudiqué indirectamente, en defensa del orden social?

—Su retórica es casi convincente, Duff. ¿Va ahora al 56 del Pacific Coast?

—Sí. Me encanta agitarme al son de cualquier musiquilla.

—Por lo menos, si ella no se deja convencer...

—¿Ella?

—Karina... Sí ella no se deja convencer, ya sabré a quién detener, cuando aparezca usted en mal estado. Trate de bailar y pisar con mucha cautela, Duff. Falló el camión, pero el segundo intento puede ser, y no sedo deseo, un éxito.

—Comparto plenamente su buen deseo, capitán. ¿Cree usted que le oculto algo?

—Concretamente, no lo sé. Es un vicio en mí pensar que todo el mundo me miente. Suerte, Duff.

—Gracias, capitán.

En la calle, Chambers alejó los recelos con un encogimiento de hombros. Era lógico que Hartland, por su veteranía, fuera desconfiado.

El 56 de la Pacific Coast era una de las tantas salas de *taxi-girls*.

Una gran pista rodeada de palcos e hileras de sillas. Dos orquestas relevándose, y, desde las cinco de la tarde, treinta muchachas mudando con frecuencia de pareja.

El local pertenecía a la cadena Myriam.

El slogan que había enriquecido al dueño de los locales Myriam

era: «Aprenda fácilmente todos los ritmos».

En el interior del 56 había también *slogans* más directos:

«Sea alegre, pero cortés. Son señoritas».

«Considérela una oficina con música, no un cabaret».

«Ser expulsado le calificará de mal ciudadano».

Al inicio de cada una de las cuatro escaleras que conducían al círculo de sillas donde descansaban las taxi había una expendedora de billetes.

Tiras de diez, taladradas de modo que, al principiar cada baile, la «oficinista danzante» podía arrancar su talón.

El programa de mano que anunciaba el orden de cada ritmo interpretado, contenía también el reglamento.

Los inspectores de pista, mezclados entre el público asistente, multaban y hasta podían dejar cesante a la que se negase a aceptar la primera invitación.

Y juzgaban si era justa o no la negativa de ellas a proseguir.

Karina Lizzard quedaba muy juvenil con su blanco vestido.

Tuvo Chambers que acudir casi corriendo cuando la soltó un estudiante, al agotarse su provisión de talones.

Ella se dejó enlazar y cortó su talón.

Acompasó con perfecto ajuste y a la media distancia, el lánguido son cubano.

—No lo tomes a mal, guapa.

—¿El qué?

—No sabía yo que estabas aquí. Me lo ha dicho el capitán Hartland.

Ella pareció asentir, pero el gesto se debía al ritmo.

—Al poco de irte tú, en la calle se me echó encima un camión. Tuve que ir a contárselo a Hartland. Había él repasado la lista de posibles enemigos. En ella estás tú, Karina.

Alzó ella un hombro. Podía ser además de indiferencia.

—Escucha, Karina... A todos los efectos, nos acabamos de ver por primera vez, y yo estoy tratando de convencerte para que sepas

que Hartland te echará la culpa si me pasa algo.

¿Bailamos el que sigue, Karina?

—Usted baila bien. Tanto me da usted como otro.

—Gracias.

En el intervalo muy breve de silencio musical, detenidos los dos

casi en el centro de la pista, agregó Chambers:

—Esto es un trabajo muy decente, Karina, pero tienes una educación que te puede permitir, trabajar en otro sitio.

—Pero, ¿no se da cuenta que solamente verle ya me da asco, Chambers?

Habló ella muy suavemente, al compás de un saxo que gemía el *blues* sentimental, aunque levemente estridente:

*Muchísimo amor, esto te pido,
muchísimo amor, esto te doy...*

—Quedan ocho talones, Karina. Te los guardas. Me iré apenas termine este lamento chillón.

—Me multarían. Baila usted bien, Duff. Ya me lo habían dicho.

—Es la única verdad que te habrán dicho. No debes odiarme, muchacha. Olvídame del todo. Y no te quedes aquí en Prisco. ¿No has oído hablar de un sitio llamado Hollywood?

—Usted mismo lo dijo: «Eres guapa, pero no tanto».

—Escucha, guapa, si yo te demuestro que es Bradford quien tuvo la culpa de que Lester pasara a la mejor vida, ¿qué harías?

—El tercer talón, por favor.

—Quédate ya con la tirilla, recontrá. Oye, tienes un sentido del ritmo magnífico.

—Para usted todo es magnífico. Se quiere usted mucho, ¿no?

—Regular. Más o menos como todos.

—Ya me advirtieron que usted intentaría conquistarme.

—Otra falsedad. Yo te respeto mucho más de lo que te puedas imaginar, muchacha. Y estoy plenamente de acuerdo en que me tengas asco. Por esto mismo, porque no puedo inspirarte más que ideas vengativas y justamente rencorosas, debes irte, mujer. ¿Qué conseguirás si me entierran? ¿Resucitará con ello Lester?

—Calla... Cada vez que pronuncias este nombre, me parece como si oyese una blasfemia.

—No seas criatura. No es escarnio para tu hermano, sino todo lo contrario. Él te quería mucho. Fuiste su único sentimiento noble. ¡No deben doler las verdades!

Para hacerse oír acercaba su boca a la mejilla.

Replicó ella:

—Todo lo demás que pudiera haber hecho Lester no me importaría. Él me quería, me protegía. Y puedes decírselo ya a Hartland. No tendrá que venir a buscarme cuando aparezcas lleno de plomo. Yo misma iré a entregarme.

—Mala suerte, caramba. Y ya que estoy enterado de tu atención, hablemos de otra cosa. Quedan aún cinco talones. El reglamento dice que puedes sentarte durante un baile, retirando un talón, con el consentimiento de tu pareja.

—Si me siento, me costaría mucho volver a levantarme. ¿Quién conduciría el camión que te falló?

—Hartland lo está indagando. Díselo a Bradford. Dile también que por mi cuenta estoy averiguando de dónde procede tu pistolita.

—La adquirí yo en Reno. Tres días después de irte tú, que fue cuando llegué. Me la vendió una jugadora desafortunada en el Bonanza. Sin recibos ni licencia. Cuarenta dólares que perdió en dos pases de «bacarrat».

—Si es así, y en vista de que ha sido usada y es ya de tercera mano, te debo veinte dólares por ella. La guardaré. Aquí te costará conseguir un arma, a menos que te la proporcione Bradford.

—Yo no tengo nada que ver con Buster Bradford. Es más, no quiero trato alguno con él. Me mandó una carta diciéndome que Lester había sido su gran amigo, casi como un hermano suyo.

—¿No sabes que Bradford es propietario del Krystal, un magnífico cabaret portuario?

—Primera noticia. Eres listo.

—¿Por qué?

—Dadas de modo que estemos lejos de la orquesta, y no miras, pero tus tacones parecen tener ojos.

—También los muertos nos ven, Karina Lizzard. No eres nada agradecida con Lester. ¿Te pagó él escuela de monjas francesas para que estés removiéndote aquí?

—Tengo diecinueve años, pero valen por el doble. Las monjas me consideraban rebelde y demasiado reservada. No tuve amistades, y perdí a mí... Terminó mi obligación. Adiós, Duff.

—Beso el pedacito bueno de tu alma, niña.

Karina Lizzard se detuvo en su camino hacia la silla.

Giró sobre sí misma, chispeantes los ojos.

—¡Maldito cobarde que viene a atormentarme aún más...!

Acudía, presuroso, un individuo, que se interpuso, sujetando la muñeca femenina que cazó en el aire.

Chambers se encogió de hombros:

—Écheme, inspector de pista. Y póngame en la lista de malos ciudadanos. No debí decirte lo que te dije, nena.

—Vamos, vamos, señorita. Modérese, puesto que el cliente le presenta sus disculpas —instó el inspector.

El ritmo que atacaba la segunda orquesta era trepidante.

Un oficial de marina había ya enlazado a Karina, alejándose con ella.

El inspector de sala, acompañando al vestíbulo a Chambers, manifestó:

—Es el reglamento. Lo lamento. Pero si bien no le invito a pasar por gerencia, ya que presentó sus excusas, tendré que impedirle el acceso a la pista, apenas vuelva a verle.

—Conformes, amigo. Vuelva a la pista, que ya cojo el portante.

El empleado se cercioró de que cumplía. Después, cuando el oficial de marina dejó un descanso a Karina, acudió.

—¿Qué le pasó, señorita Lizzard?

—Viene de antiguo. Es el único hombre en la tierra del que cada palabra me hiere como si fuera plomo candente...

—Sigue usted algo excitada.

—Es que me ha ofendido que él se declarase culpable de haberme insultado. No me insultó. Me dijo textualmente: «Beso el pedacito bueno de tu alma, nena». Y... bueno, no puede usted comprenderlo.

—Bien. En lo sucesivo, modere sus nervios, señorita. No volverá a entrar aquí este individuo.

En su libreta de anotaciones apuntó el inspector:

«Karina Lizzard. Vigilarla. Leve propensión histérica».

Se dirigió hacia el cantante de la segunda orquesta:

—Oye, Ted, ¿qué te parece un título que se me acaba de ocurrir?

—Oigamos.

—«Beso el pedacito bueno de tu alma, nena».

—Cochambroso y de un cursi tremebundo. Eso lo puede soplar un enamorado del siglo anterior, y tendría perdón. Pero yo, no. Yo soy un artista. Aunque el titulillo ese, con varios compases fusilados a Chopin, a lo mejor... ¡No, no sirve! La gente quiere cosas más

rudas, menos merengadas.

CAPÍTULO V

El hotel Drake, en su ala oriental, adoptaba la forma de un blanco yate.

Encajaba con su situación al borde de la South Bay, en un entrante donde el Pacífico merecía su apodo.

De noche, las luces de las tres terrazas del ala oriental y un mar de tarjeta postal sugerían a los que estaban en la pista baja, la impresión de hallarse en la cubierta de un enorme yate anclado.

Los locales anexos al Drake eran centro de atracción del inmenso núcleo de forasteros, en su mayoría hospedados en el hotel.

Podían discutir negocios, o simplemente tratar de descansar. Cinco bares con sus pistas de atracciones y baile, congregaban numerosa concurrencia.

Para Duff Chambers, el Drake era idéntico en contenido a su homónimo de Chicago o al Grovers de Miami. Sólo cambiaba el decorado.

Prósperos negociantes, congresistas y provincianos, como base permanente de la clientela. Y respetables aventureros de las altas finanzas, además de las no menos señoriales buscadoras de oro en dólares.

El ambiente de cualquier Palace.

Mientras recorría las tres plantas del edificio-yate, halló el medio de obtener la descripción de Monty Wolsey, sin llamar la atención sobre sí mismo, preguntándole a un conserje.

Pasó varias veces por delante de la florista del segundo piso, y aunque no le parecía muy amable, abordó.

Una gardenia diminuta quedó hincada en el ojal de solapa de su traje azul claro. Un conjunto apropiado para destacarse, rebuscadamente.

Todo azul, salvo la camisa amarilla y la corbata blanca. Una técnica en vestimenta masculina le había dicho que aquel conjunto

le daba un aspecto de «granuja simpático».

Sonrió Chambers, echando un billete de a dólar en la cestita-
caja.

—Se aburre uno cuando no conoce a nadie.

La florista asintió en silencio, recelosa.

—¿Hay muchos británicos en el hotel?

—No lo sé. Pero en el registro de extranjeros, podrá informarse.

Un hueso. Lo que se figuraba.

—No soy policía, sino un forastero que se aburre. Me llamo Duff.
Tanto gusto. ¿Se vende mucho producto de jardín?

—Por la noche, más.

—¿Compra muchas flores Monty Wolsey?

—Muchas.

—¿Es guapote?

Rio ella como si le hiciesen cosquillas y a la vez le doliese algo.

Afirmaba en silencio.

Estaba inquieta. A veces, él producía inquietud, meditó
Chambers, fastidiado.

—¿Y como cuánto de guapo?

—Es muy... eso precisamente. Muy británico. Alto, rubio, con
bigote ancho, y viste muy distinguido. Perdón, pero tengo que
atender a la clientela.

Chambers se alejó. No le gustaban las floristas que, vendiendo
flores naturales, tenían aspecto de lirio artificial.

¿Alto, rubio, con mostacho, distinguido, muy británico?

Así era el que, en la terraza-jardín inferior, debía estar contando
algo muy interesante, a juzgar por la atención con la que su
compañera le escuchaba.

Instintivamente, Monty Wolsey le resultó antipático a Chambers.

Quizá porque Flora Hudson demostraba demasiado interés hacia
él.

Entre aquellos arcos floridos, las mesitas iluminadas por la
tamizada luz de las pequeñas pantallas daban ambiente de suma
discreción a los diálogos.

Chambers decidió ser imparcial. Tenía únicamente que
averiguar si Monty Wolsey era soltero, honorable, piloto aviador y
fabricante de raquetas.

Desde el ángulo de la barra veía a la pareja, ensimismada ella,

muy divertido él, a deducir por la absorta fijeza con que Flora Hudson permanecía mirándole y oyéndole.

Bebiendo su combinado, Chambers dedicó unos instantes a filosofar.

Una mujercita enamorada, pero prudente. Deseaba Flora, antes de dar el «sí, quiero», evitarse un resbalón amoroso.

El camarero, al devolverle el cambio, le entregó un cartón en forma de disco. Ya había adquirido el derecho de alternar con la concurrencia.

Diez dólares.

La aparición en la pista de tres atletas ícaros, dos hombres y una mujer, concentró focos y atención en ellos y sus acrobáticas posturas de estatuas vivas.

Habiendo ya localizado a Monty Wolsey, Chambers se dirigió al vestíbulo de recepción.

Un anfiteatro con una docena de mostradores en continuidad.

Se acodó en el mostrador junto a la placa:

REGISTRO INSCRIPCIONES.

El empleado que acudía tenía una agradable faz amistosa.

Chambers mostró su «carnet» en el hueco de la palma. Dijo:

—Privadísimo, amigo. Es tan solo a título de cazar una casualidad imponderable. Déjeme echar un vistazo al registro de extranjeros.

—Al instante.

El empleado regresó al poco con una libreta de tapas aterciopeladas.

Y al lado de Chambers se acodó un individuo.

La administración del hotel seleccionaba bien su personal, pero Chambers intuyó rápidamente la profesión del que acababa de llegar.

Volvió a presentar su «carnet», que el otro cogió para echarle una ojeada y al devolverlo, decir:

—Deja el libro, Jimmy. Y puedes retirarte. ¿Busca a alguien en particular, colega?

—A uno que puede muy bien disimularse. Un tal Bentley.

—¿Cosa grave?

—Contrabando. Emplea varios apellidos. El último que usaba en Nueva York era el de Wallace.

Así pudo abrir por la pestaña marcada con la «W». Sabía mentir con la misma facilidad que retenía datos.

Pero en la inscripción anotaba bajo la mención caligráfica «Montague Wolsey» figuraban demasiados nombres fonéticamente difíciles para retenerlos en la memoria.

—Tomaré algunos datos, por si sirve después. Nunca se sabe.

Miraba la columna izquierda, pero anotaba lo que constaba como declarado y extraído de los documentos presentados por Montague Wolsey.

A su lado, el detective del hotel prestaba su atención a dos recién llegados.

Cerró Chambers su agenda y el libro registro.

—Creo que he perdido el tiempo.

—Nunca se sabe.

—Exacto. Gracias, colega.

—¿Qué aspecto tiene el fulano ese Bentley?

—Moreno, rollizo, bajo, y con trazas de sacristán arrepentido.

Abandonó el vestíbulo.

Por la avenida se dirigió hacia la cercana estafeta Marconi.

Rompió dos impresos antes de dar por definitivo el texto del radiograma, en petición de informes a la agencia corresponsal de Londres.

Escribió primero su nombre y dirección. A continuación el texto:

«Efectos contrato detallar antecedentes fabricante
raquetas tenis marca Wolsey Southampton
informe amplio moralidad».

No le pareció caro el radiograma ni lo que tendría que abonar por el informe, si Flora Hudson dejaba de mirar tan arrobada al apuesto británico.

De regreso a la pista de atracciones, pretendió ser ecuánime.

No, no estaba enamorándose de Flora Hudson. Se limitaba a «trabajar», y personalmente le agradecería evitar un desengaño a la simpática hija de un escritor inválido.

Tendría que leer algo del tal Peter Hudson, por si acaso.

En la pista actuaban ahora los componentes de un «ballet» antillano. Un mulato y cinco negritas, que se descoyuntaban muy simiesca y voluptuosamente.

Volvió a acodarse en el ángulo de la barra.

Con respecto a Flora Hudson ya no tenía más que indagar en espera del informe de la agencia londinense.

Se dedicó a examinar las posibilidades, descartando lógicamente las mesas en las que había ya un varón.

Desaparecieron los antillanos. La segunda pareja que entró en la pista fue la compuesta por Flora y Monty.

Él no bailaba mal del todo. Llevaba el ritmo, sin florituras.

La otoñal de la mesita catorce asintió mudamente al mudo interrogante facial con que Chambers la invitaba.

Era una dama con ínfulas aristocráticas, que no desdeñaba la ocasión de lucir su aún muy atractiva anatomía distinguida.

En contoneo discreto, propio de la cadencia afro-caribense.

Por dos veces intentó Chambers captar la mirada de Flora Hudson, sin conseguirlo.

En silencio, acompañó a su pareja. Al sentarse ella, miró Chambers la silla vacía. Pero ella no retiró ni el bolso ni los guantes.

La orquesta preludió un ritmo epiléptico.

Duff Chambers se olvidó de la que volvía a levantarse, demostrando que aceptaba pareja para exhibirse en la pista, pero no para estorbar con su charla.

Montague Wolsey había dejado sola por un instante Flora Hudson.

«Una oportunidad magnífica», pensó Chambers.

Corrió en suave aceleración, para sonreír invitante a la que, mirándole con extrañeza, denegó:

—No, gracias.

—¿Por qué no me presenta a Monty?

La rubia beldad replicó casi agresivamente:

—Tenga la bondad de irse.

Chambers se encogió de hombros, dando media vuelta.

Fuera por lo que fuese, era indudable que ella le consideraba un inoportuno molesto, en aquel momento.

¿Temía que Wolsey adivinase que ella había contratado un fisgón?

Volvió a filosofar. La más candorosa de las mujeres, ya desde la misma cuna, poseía dotes de actriz.

Cualquiera que hubiera presenciado el breve diálogo, al observar el rostro de ella, quedaba convencido de que veía por primera vez al hombre con el cual tres horas antes conversaba graciosa y animadamente en un dos plazas color ámbar.

Le sacó de sus meditaciones la cercana presencia del que, vuelto de espaldas a la pista, acababa de pedir un «Manhattan».

—Hola, tú —dijo el recién llegado.

—Ya no puede uno creer en nada. Pensé que iba de veras lo que dice el cartelito de «Reservado el derecho de admisión». Y, sin embargo, te han dejado pasar.

Bart Prescott, sin el sombrerito, podía pasar por un deportista poco alegre.

—A lo mejor te gustaría llegar a un acuerdo con el patrón.

—Esta mañana ya quedamos de acuerdo, Prescott.

—No lo parece.

—¿Por qué?

—Vuelves a husmear. Te he visto.

—¿Me has visto, cómo?

—Consultando el registro, yendo a mandar un radio y, a la vuelta, tratando de hablarle a Gloria.

—¿Gloria? ¿Y esa quién es?

—Hazte el inocente ahora.

—A lo mejor me estás espiando, Bart.

Bart Prescott deglutió la mitad de su combinado. Y antes de apurarlo, afirmó, ceñudo:

—Te conviene apartarte de Gloria.

Chambers pensó que posiblemente la que parecía una dama aburrida era la llamada Gloria, y debía ser algún «gancho» de Buster Bradford para algún negocio misterioso...

—Voy a decirte lo que te conviene a ti, Bart. No hacerte tan visible.

—Descuida. Pronto me esfumaré.

—Por mí, cuanto antes, mejor.

—El patrón preferiría resolver la cosa por las buenas, pero si te empeñas en sentirte alérgico a los arreglos, yo no voy a perder más tiempo contigo.

—Harás bien. Y ya que estamos de palique, ¿te has enterado de lo que está buscando un tal Hartmand?

—¿Ese quién es?

—El capitán detective de mi distrito.

—No del mío. ¿Y qué busca?

—Un camión.

—Fácil de encontrar, por el bulto que hace.

—Se esfumó, y también escurrieron el bulto los dos que lo echaron encima de mi «Lincoln», este mediodía.

Bart Prescott dejó sobre el mostrador su billete de diez colares.

Rio casi con alegría:

—No me digas que por un poco más te apisonan.

—Es lo que te estoy diciendo.

—Una lástima, hombre. Si llego a estar yo al volante, no me lo estarías contando. ¿Qué? ¿Aceptas?

—¿Acepto, qué?

—Venir a ver al patrón.

—Todavía no, pero diíle que irá cuando me convenga a mí.

—Allá tú. No volveré a invitarte.

Bart Prescott pareció abandonar el local.

Chambers recapacitó sobre su jornada. No estaba nada clara.

Karina Lizzard pudo haber disparado por cuenta propia.

El camión pudo funcionar por cuenta de Guido Flavio.

Pero ahora había algo cierto y muy coincidente con el motivo de la visita mañanera de Bart Prescott.

«Una chica que anoche recortó tu anuncio en un periódico y que a lo mejor viene a consultarte».

Una consulta que no le convenía al patrón de Prescott Y por lo visto, el «no apartarse de Gloria» era peligroso en grado sumo.

Se dirigió rectamente a la mesa ocupada por la solitaria otoñal que no admitía compañero en su mesita, pero sí en la pista.

Y apenas la hubo enlazado al son de la música, ella susurró:

—No debiste molestarte, si no quise que te sentases.

—Ya se me pasó. Tienes un nombre delicioso.

—¿Sí? ¿De veras te gusta?

Un agudo estridor de clarinete silenció la conversación.

Al volver a ser melódico el ritmo, decidió Chambers indagar la clase de peligro que podía acarrearle «tratar de hablar con Gloria».

—Es un nombre bonito. Gloria. Un nombre prometedor. Gloria.

—Lo será para la que se llame así. Pero yo no me llamo Gloria, ni mucho menos. Si es broma, no me agrada. Yo me llamo Penélope.

Chambers prefirió seguir bailando en silencio.

Desde que había entrado, solamente a dos mujeres se había acercado: la que parecía considerar una ofensa llamarla Gloria, y Flora Hudson.

Debía estar en baja forma, porque no acertaba a sacar conclusiones a sus actos recientes.

—Bart no quería que me acercase a hablarte, guapa.

—¿Bart? Oye, ¿es un estilo nuevo de charlar ése que te traes?

Toda distinción aparente había desaparecido en la que, al hablar, demostraba proceder de salas mucho más vulgares.

—Primero me llamas Gloria, y ahora me sales con un Bart... A mí me gustan las cosas claritas, ¿estamos, guapo?

—Entonces, ya somos dos.

Y soltando a Penélope, abandonó Chambers la pista.

En la mesita entre los arcos floridos ya no estaba Flora Hudson.

No cabía duda de que no era su día. Desde la florista hasta Penélope, pasando por Flora, tres mujeres le habían tratado con escasa cordialidad.

La florista...

A veces, donde menos se pensaba estaba la solución de un misterio.

Se encaminó hacia el segundo piso. La florista no tenía clientela. Leía un libro disimulado tras la cestita-caja.

Un libro. Un modo fácil de entablar contacto y saber si era ella la mujer de la que debía apartarse.

—Vuelvo a aburrirme. ¿Estorbo?

La florista abandonó su lectura. Parecía más propensa a la cordialidad.

—No, no estorba.

—Esta noche tengo que leerme una novela para poder mañana estar en condiciones de hablar con el autor. ¿Conoce a un escritor llamado Peter Hudson?

—Me suena. Espere a ver...

Cogió ella el libro, dándole vuelta. Miró la relación de autores y títulos de la contraportada.

Señaló con el índice:

—Vea usted mismo.

Y agregó:

—Es de los que escriben novelas «pim-pam-pum».

—¿Cómo... «pim-pam-pum»?

—De tiros y humor negro. Yo prefiero las de amor.

Lejó Chambers en la contraportada:

«Hudson, Peter. — *Tres disparos a Diana.*

Cuidado con las esquinas.

La muerte de un caballo ganador.

—Leer una policíaca, ¿le quita el sueño, Gloria?

—No, no. Y ojalá tuviera yo un hombre tan de novela romántica.

Me llamo Jenny.

—Bueno, pues hasta otra, Jenny.

Renunció.

Aquella noche no estaba en forma. Pasando por la librería del hotel, adquirió una, policíaca, de Peter Hudson.

Estaba casi seguro de que los detectives creados por Peter Hudson no se armarían un lío, cuando les mencionasen a una mujer llamada Gloria.

CAPÍTULO VI

A las diez de la mañana siguiente, en su despacho, Chambers alisaba sobre su mesa el recién entregado cablegrama.

Su texto era concisamente diáfano:

«Montague Wolsey piloto aviador en misiones africanas, excelentes informes comerciales como asociado fábrica de raquetas marca “Softer”. Stop. Piso amueblado Cheyne Walk ochenta, Londres. Stop. Familiares segundo grado residen Devonshire. Stop. Huérfano y soltero miembro selecto club Southampton, garantizada solvencia económica y moral. Stop.

»*Agencia Parkington*».

Subrayó Chambers con lápiz rojo varias palabras.

Monty Wolsey era soltero, y había sido piloto aviador. Pero amplificaba o alteraba la esencia de las verdades.

No era dueño, sino asociado de una fábrica de raquetas. Y no tenía una residencia en el Devonshire, aunque en tal condado la poseían unos Wolsey.

Podía ya demostrar a Flora Hudson que existía en el guapo británico una propensión a exagerar sus «posesiones».

Marcó el número de teléfono reseñado en la tarjeta de Flora Hudson.

Pero volvió a dejar el aparato, sin terminar de marcar la comunicación.

El cristal opaco de la parte superior de la puerta transparentaba la sombra de un busto femenino.

Bajo la mesa pulsó el contacto que hizo funcionar el resorte que soltaba el pestillo de cierre. Lo soltó del todo cuando hubo entrado la visita.

Doris Lucas.

Un semblante de líneas firmes y delicadas, encuadradas por negros cabellos peinados a veces en trenza, otras en diadema, y algunas suelto, sedoso, muy femenino. Como ahora.

Esbelto el cuerpo, de compacta curva donde correspondía. Desenvuelta y eternamente desengañada.

Hija única de un magnate industrial del Oregón, Doris Lucas pasaba varios meses del año en Reno.

A tres millas de Reno se había hecho construir, en pleno desierto, en un oasis de una docena de árboles por toda vegetación, una casa de estilo indio.

Y aunque tenía una servidumbre de media casta, compuesta por dos indios legítimos y sus esposas, decía que en «su Tebaida» encontraba la «paz sin decibeles de su solitud».

Allí efectuaba lo que ella llamaba sus curas de desintoxicación social, en una soledad relativa, compartida por un caballo como principal amigo, cuarenta caballos en motor para suprimir distancias, un revólver con licencia para inspirar respeto, y que no intentasen suprimir distancias sus invitados.

Un atlético chófer negro era también un fiel guardaespaldas de la hija del multimillonario Lucas.

Doris Lucas había requerido los servicios de Duffy Chambers para librarse de un inteligente chantajista, y entre ambos se había creado una extraña relación.

Relación que ella definía como de «hostil camaradería».

—Me alegra verte, Duff. ¿Estás muy atareado?

—A medias. ¿A qué se debe el milagro de verte por la insana y maléfica urbe?

—Llegaron casualmente a mis manos unos periódicos. Leí tu anuncio, con tu nueva dirección.

Los felinos ojos de Doris Lucas, bajo el puro arco de sus cejas sin depilar, miraron casi malignamente al detective.

—Te marchaste sin siquiera tener la cortesía muy elemental de decirme adiós, Duff.

—Escucha, criatura...

—¡Odio tu modo de hablarme! No soy ninguna muñeca sensiblera.

—Hace poco que el día ha nacido, bebé. No sé la razón, pero te

encrespas demasiado conmigo. Yo soy tu buen amigo, bebé.

—¿Por qué voy yo a creerte, nodrizón?

—Porque eres una muchacha magnífica, pese a tu fardo de millones, y me consta que el día en que encuentres, al hombre adecuado, se acabarán tus tonterías y excentricidades.

—Tal vez la culpa de mis tonterías sea la inmensa tontería de los hombres, sabihondo.

—Ya sé, ya sé que estás en Reno, precisamente para estudiar de cerca la inmensa estupidez varonil. Te leí todos los casos de divorcio, y así estás perdida, mujer.

—¿Por qué?

—Cada vez te ahíncas más en tu propósito de permanecer soltera y sin amor, pero esto es antinatural.

—No he venido para oírte soltar tópicos y sandeces, Duff. He venido porque te necesito.

—¿Otro supuesto pintor que ansía quedarse con tus joyas?

—He encontrado..., sí, lo he encontrado... ¡el hombre de mis sueños!

—Magnífico. Convierte el sueño en realidad, entonces duro y por él. Boda al canto.

—Está tramitando su divorcio. Yo quiero que hables con él.

—¿Qué yo hable con él? ¿Para qué, bebé?

—Porque el único punto de fricción que existe es que ha prestado crédito a ciertos rumores referentes a que tú y yo estuvimos muy enamorados.

—¿Qué tú y yo...? Ay, que me troncho... ¿Tú y yo...?

Rió Chambers, muy divertido.

Manifestó ella, fulgurantes los ojos:

—No veo la gracia. El cree que seguimos queriéndonos. Tonterías...

—Y tanto. Bueno, ¿y qué quieres que haga yo, criatura?

—Estoy segura de que si habláis los dos, como eres tan hondamente convincente cuando quieres... No te costaría nada acompañarme. Abajo tengo el coche, y a media tarde estamos en Reno. No vas a negarte, Duff.

—Pudo él venir contigo, ¿no?

—Sí, pero no vino. He preferido hablarte antes.

—Ya me doy cuenta. Ahora un viaje a Reno, maldita la gracia

que me hace, aunque, claro...

El teléfono campanilleó sobre la mesa.

Cogiéndolo, oyó Chambers una voz femenina preguntando:

—¿Duff Chambers?

Yo mismo.

—¿Sabe ya algo acerca de Monty?

—Tengo la respuesta. Casi favorable.

—¿Casi?

—Un par de detalles sin gran importancia. Desgraciadamente.

El cable retransmitió una risita.

Flora Hudson especificó:

—A mi padre le interesará saber quién es Monty Wolsey con toda garantía. ¿Le resultaría molesto desplazarse a nuestra casa?

—De ningún modo. Voy para allá.

Colgó el aparato.

Doris Lucas indagó:

—¿Una de tus conquistas?

—No. Aquí, por ahora, no soy afortunado. No doy una. ¿Me esperas a las once en el aparcamiento del cruce Donner? Dejaré allí mi humilde utilitario, y me sumiré en las muelles delicias de tu supercarroza. Todo sea por el amor.

Asintió Doris Lucas gravemente.

No quería revelar a Chambers quién era su «hombre soñado» hasta enfrentarle con él.

Guido Flavio manifestaba mucho interés en «conocer toda la verdad sobre los rumores de compartida pasión entre su enamorada Doris y cierto «detectivillo».

* * *

El domicilio de los Hudson ocupaba la cima de una de las numerosas colinas del condado Marino, en la margen norteña de la gran bahía.

Atravesando el Golden Bridge, quedaba atrás la bulliciosa metrópoli. Se iban espaciando las edificaciones, que perdían ya su estructura de colmenas humanas.

Jardines, parques, bosques y alamedas sombreadas de floridos

naranjos, hacían del condado Marino un lugar elegido por la grey intelectual y afortunada.

A la llamada del claxon, abrió la verja un jardinero.

Al descender del «Lincoln», reparado de su abolladura Chambers contempló a la reseca y tiesa mujer, vestida de negro, que aguardaba bajo el pórtico de entrada.

«La clásica estampa del ama de llaves», pensó, avanzando.

—La señorita Hudson me ha citado.

—El señor Hudson le espera. Tenga la bondad.

Un vestíbulo decorado con gusto, y en el salón predominaba el motivo náutico...

Lámparas-timón, acuario entre paneles a lo largo de la pared lateral, y un inmenso globo terráqueo de cristal pintado.

Cuadros con escenas marinas, veleros sobre las repisas, cartas náuticas y, empotrado entre dos paredes, un camarote-biblioteca.

Tras la mesa, sentado en sillón de ruedas, un hombre aguardaba.

Su rostro tenía pronunciadas arrugas en la frente. Parecían talladas al buril las líneas desde la nariz a los delgados labios.

Un chaquetón de sarga azul, un pañuelo rojo al cuello, y muy largos los canosos cabellos, cubriendo la mediada calvicie de la coronilla.

Los pardos ojillos eran simiescos, hundidos en sus cuencas.

La voz del inválido resonó ronca. Poco amable.

—Buenos días, detective Chambers. Siéntese donde pueda y quiera. El desorden es mi orden. Flora me ha hablado de su iniciativa, y quiero evitar el menor equívoco.

—No existe tal termino, cuando se trata con una muchacha como Flora.

Los pardos ojillos simiescos del escritor parecieron taladrar al detective, que acababa de elegir un asiento en forma Ce medio barril, frente al camarote del Salón.

Especificó el novelista:

—Yo fabrico detectives de papel, pero no he conocido a ningún especialista en divorcios, tal como usted se proclama. Dicha especialidad deberá suponer cierto conocimiento del laberinto humano, especialmente del femenino.

—En este laberinto naufraga el más experto.

—De acuerdo. Dígame ahora en qué se basa para afirmar que no

hay equívoco en Flora. ¿Es que acaso no es bonita, inteligente y espiritual?

—Es, precisamente, demasiado espiritual para nuestros tiempos.

—Usted, joven, o bien conoce el arte de ensartar frases halagadoras, o tiene pupila. ¿Está casado?

—Todavía no.

—Entonces, ignora las grandezas y miserias del arte de procurar ser padre consciente. Un arte que tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Los que tienen hijos varones, se quejan de que luego una guerra cualquiera se los lleva.

—Muchos regresan.

—Exacto. En cambio, a las hijas se las lleva cualquier botarate. Y entonces, uno queda arrinconado como un viejo chocho. Y todo lo que dice el botarate, para la hija, es compendio de sabidurías. Sírvese una copa de lo que quiera y elija el tabaco que menos asco le dé. ¿Qué hará usted, cuando su hija le anuncie que quiere casarse?

—Dispongo aún de años por delante para pensarlo.

—En efecto. Por lo que sea, me dejo llevar casi siempre por la primera impresión. Usted, con toda su guapa facha de tunante, se me antoja un buen muchacho.

—Gracias.

—No hay de qué. Todo el favor es suyo. Por lo pronto ha sabido ser psicólogo con Flora. Me ha contado ella de «pe» a «pa» su entrevista de ayer. Buen coñac, ¿eh?

—Magnífico.

—Dicen los galenos que me acorta la vida, pero de algo hemos de morir y, por lo tanto, que sea sabroso el instrumento mortal. ¿Acepta asimilar lecciones?

—Lo procuro.

Cuando tenga su primera hija, juegue a muñecas. Cómprele juguetes y juegue más que ella. Véala crecer embobado, pero cada noche, al examinar su cotidiana tarea, repítase: «Gracias, Providencia, por haberme dado de nuevo el don de la infancia, durante unos años».

—Me agrada, esta lección. ¿Cuántos años dura este goce?

—Un promedio de quince a veinte. Luego se hacen ya personas normales. Pero, mientras, será el dueño absoluto de la flor que

crece. Después, llegará un botarate, y... Esto. Se quedará usted solo, con esto, aquello y lo de más allá.

Iba señalando Peter Hudson sobre su mesa el frasco de coñac, la cigarrera, las cajas de cigarrillos, los cinco encendedores.

Y una especie de florero, del que surgían verticalmente siete bolígrafos formando los colores del arco-iris.

—Recordaré su consejo, señor Hudson. El privilegio de volver a ser niño nos es concedido por unos años.

—Por esta misma razón es absurdo esperar ni desear agradecimiento. Nosotros somos los que debemos agradecer haber tenido un pretexto para poder jugar, de nuevo a ser niños. Y nos satisface ya bastante, poder realizar algo que nos haga pensar que somos buenos, conscientes y cumplidores. Vaya rollo, ¿eh?

—Todo lo contrario. Sin coba.

—Pasemos ahora al objeto de su actividad. ¿Qué dedujo, cuando Flora le hizo su petición? ¿Celos?

—¿Celos? No, no. Deduje que ella desea saber con quién se casa. Peter Hudson rezongó entre dientes:

—Esta mocita no pierde ocasión de divertirse.

Desplazó un poco la silla y, al pulsar un timbre, el aire pareció llenarse de tenues campanillas repicando.

Un carillón repetía los compases de la cantinela de cuna:

“Mi dulce Margit, duerme y sueña feliz...”

Duff Chambers estaba firmemente dispuesto a no extrañarse de nada.

Hudson pulsó otro timbre cuando ya había entrado una muchacha en el salón.

A los compases de la canción de cuna sucedieron los arpeggios de un villancico en sordina:

“Victoria serás siempre por la bondad de tu corazón...”

—Hola, Flora —saludó Chambers.

La recién llegada miró a su padre, con extrañeza, interrogante.

Dijo Hudson:

—Este joven es un detective, que contraté para hacer

averiguaciones sobre el botarate...

—¡Pa! Monty no es ningún botarate. Es divinamente fabuloso.

—Eso ya me lo sé, puesto que no te cansas de repetirlo. ¿No se lo dije, Chambers? Vayamos al caso. Tu botarate es un turista, y quise obtener informes de él. ¡Calla y escucha! Si el detective nos dice que tu botarate ha huido de Inglaterra, después de asaltar la Casa de la Moneda, matando a varias personas y dejando viudas como estela de su paso, a mí son detalles que no me interesan.

Tú eres la que has de saber si debes dejarte estrangular a fecha más o menos lejana por tu Monty Wolsey. Pero, al menos por mí parte, habré hecho lo esencial.

La muchacha miró ansiosamente a Chambers que, desplegando el cablegrama, lo tendió a Peter Hudson.

El novelista leyó para sí, removiendo los labios.

Impaciente, gritó ella:

—¡No seas sádico, Peter Hudson!

Le arrebató el cablegrama de las manos.

El escritor miró a Chambers, arqueada una ceja. Mueca que le confería el aspecto de un risueño diablo regocijado.

—De vez en cuando les consiento libertades verbales conmigo. Puedes irte a devorar el papel donde se relatan las cualidades de tu futuro. Ya volveré a llamarte.

Ella se marchó.

Pulsó Hudson otro timbre en la hilera de un cuadrante a su derecha.

Resonó una marcha militar, alegre, dinámica.

Explicó:

—Se quieren tanto, que cada una desea para la otra, lo mejor. Por esto le pregunté si pensó usted algo erróneo. No son celos los que impulsaron a Flora a visitarle. Ella no quisiera... Pero se lo explicará mejor ella misma.

Entraba Flora Hudson.

Pensó Chambers que era pasmosa la facilidad con que se mudaba de prendas. Su jersey hacía apenas dos minutos era grana. Ahora era azul.

—He leído el cablegrama, pa. Estupendo.

—Lo que no es tan estupendo, a efectos de claridad, es que no le aclarases al detective el verdadero impulso de tu petición. Por

suerte, es un hombre sensitivo. Supongo que ya comprendió que Flora, al creer que Monty era un aventurero, y para evitarle cualquier pena a Gloria...

—¿Gloria? Un momento, señor Hudson. Anoche el nombrecito de Gloria ya me confundió horrores.

Aclaró Flora Hudson:

—Gloria es la novia de Monty Wolsey, Duff.

—Gloria es la novia de Monty... —fue repitiendo despaciosamente Chambers—. ¿Y usted, entonces?

—Una de las bromas favoritas de esta mocita es callarse que nació melliza universal. Es decir, idéntica a su hermana Gloria, a la que hace unos instantes vio usted.

—¡Y anoche yo...! Bien, al menos ya he solucionado el misterio de Gloria, la desconocida Gloria. Por el cablegrama se deduce que el botarate... ¡ey, perdón!... quise decir, el señor Wolsey no es un cazadotes ni un aventurero.

Flora Hudson presentó un encendedor al novelista, que aspiró del largo y delgado cigarro brasileño.

Dijo ella:

—Duff no ha leído nada tuyo.

—Perdón. Ayer noche mismo me leí...

—Gracias. No me cuente el argumento, porque lo conozco. Déjame a solas con el detective, Flora. Y dile a Gloria que estoy de acuerdo en que el botarate ese venga a hacerme la rosca cuando quiera.

Se marchó ella, dedicando un guiño malicioso a Chambers, y Peter Hudson prosiguió:

—Flora me ha salido algo intelectualilla. Gloria, crédula y romántica. ¿Puedo confiar en la garantía de la agencia londinense?

—Al menos, tienen por costumbre no ser tan rápidos en su respuesta, si hay algún punto turbio. ¿Vislumbró algo turbio en Wolsey?

—Monty Wolsey vino a visitarme hará cosa de una semana. Pretendía comportarse como un británico formal, y le seguía el humor. Me hizo una oferta nada desdeñable. Fabrica raquetas a un precio inferior a las más baratas californianas y de calidad superior. Un gran negocio, ¿no?

—Así parece.

—Me convenció de que si yo aceptaba prestar mi nombre como propaganda para la venta, dado que mis novelas son conocidas, sería para su fábrica y para mí, un buen asunto. Nunca vienen malos negocios tan fáciles. Sería algo así como representante de las raquetas «Softer» en Estados Unidos. Empezaríamos por California. Y celebro que amor y dinero se complementen. ¿Quiere quedarse a almorzar, Chambers?

—Tengo una cita a las doce, pero si me lo permite, volveré. Usted no conocía a detectives especialistas en divorcios, y yo no conocía a escritores policíacos. Tiene usted una imaginación volcánica, señor Hudson.

—Se nace con ella, como se nace bizco. Con una diferencia: Los bizcos tienen arreglo; los imaginativos, no.

—Permítame también exponerle que, por lo leído tiene usted una mente tortuosamente criminal. En la máquina: e escribir, claro.

—Todos nosotros, mentalmente, hemos sido numerosas veces más o menos asesinos. Hasta pronto, Chambers. Vuelva cuando quiera. Bienvenido siempre. No lo dude.

Chambers encontró junto a su «Lincoln» a las dos hermanas.

Gloria Hudson, reconocible por su jersey grana, sonrió.

—Anoche debió advertirme que me confundía con Flora.

—Sigo confundiéndolas. Así, ahora, de cerca, tal vez usted es más plácida, menos polvorilla que Flora... Bien, ¿para cuándo la boda?

—Tan pronto pueda —rió Gloria Hudson.

Conduciendo hacia el aparcamiento del cruce Donner, Chambers no dejaba pasar el cuenta-millas más allá de los cuarenta.

Quedaban sin respuesta varias preguntas.

¿Por qué Buster Bradford le enviaba a su lugarteniente, con la amenazadora invitación de no «meterse»?

¿En qué negocio podía él perjudicar a Bradford, tratándose de un noviazgo entre la hija de un escritor policíaco y un honorable británico solvente?

¿Por qué él, Duff Chambers, debía «apartarse» de Gloria?

Hasta ahora no divisaba nada sospechoso en todo aquello.

Un socio de una fábrica de raquetas se enamoraba de Gloria.

Y además de la mano de Gloria, pedía al padre la prestación como representante de su nombre conocido.

¿Qué tenían que ver, con tan inocente y claro negocio; tipos como Buster Bradford y Bart Prescott?

Aparcó su coche para dirigirse hacia el «Rolls-Royce», cuya portezuela de acceso al amplio butacón doble posterior, mantenía abierto el gigantesco negro.

—Hola, Jerry.

—Muy buenos días, señor Chambers. Me alegra verle.

En el interior, Doris Lucas leía una revista de arte abstracto.

Arrellanándose, susurró el detective:

—Sigue leyendo, bebé.

—¿Por qué?

—Disimulado está, pero tengo el cerebro carburando. Me pone enfermo estar metido en un asunto donde no hay siquiera un mal cadáver que justifique alguna sospecha. Todos están vivos. Y todo parece normal. Pero no lo es. No es normal este caso de las mellizas noblemente celosas. Y la solución la tiene Buster Bradford.

—¿Sigo leyendo o sigo escuchándote, Duff?

—Lee, bebé. Silencio mutuo. Y contemplación del paisaje. Reposo. Nos conviene.

CAPÍTULO VII

La contemplación del paisaje entretenía.

La autopista San Francisco-Nueva York, con sus treinta metros de ancho y triple canal, unía California con Reno en Nevada, a través de la sierra del mismo nombre.

Una serie de virajes en espiral cortados a pique en la roca viva de la montaña, se sucedían por el peligroso paso del Donner.

Después la cinta asfaltada bajaba la ladera siempre en espirales, para apuntar rectilínea hacia «la más grande de las pequeñas ciudades mundiales»: Reno.

Un túnel formado por un gigantesco sequoia, tenía a un lado el típico restaurante montañero French Gordon Bleu.

Unas camareras amables y veloces sirvieron un exquisito yantar, al que hicieron honor Doris y Chambers, sin moverse del amplio butacón doble del «Rolls».

El chófer negro prefería almorzar a sus anchas en el mostrador.

A las tres, cuando el coche, conducido diestramente por Jeroboam, que también prefería ser llamado Jerry, se deslizaba por las curvas en descenso, Chambers hizo dos gestos alarmantes.

El primero, arrodillarse en el asiento para mirar a través del cristal posterior.

El segundo, llevarse la diestra al sobaco, como si se rascase.

Apartando la vista del manual de psiquiatría que estaba leyendo, comentó Doris:

—Ignoraba que para facilitarte la digestión imitabas al chimpancé satisfecho y contento, Duff.

—No es que quiera hacerme el interesante, bebé, pero nos sigue un «Plymouth» negro, con cuatro gorilas y un macaco.

—Qué interesante... ¿Familiares tuyos?

—Al macaco le conozco. Se llama Jim Curtis y era *jockey* en Miami. Lo entregué a la policía por haber matado a otro *jockey*. Se

escapó, matando a dos policías.

—Cónchales... —musitó Doris, empezando a alarmarse.

—Puedo equivocarme, bebé, pero, por si acaso, estarías mejor acurrucada sobre la alfombra. Me disgustaría acertar, pero creo que el «Plymouth» nos pasará, largándonos una rociada de plomo.

—Ya será menos, ¿no?

—Jim Curtis es bastante bestia. Los cuatro que van con él, no parecen precisamente querubines amantes de las excursiones campestres. ¡Dale más al acelerador, Jerry!

El negro canturreó:

—Oh, sí, señor, vaya que sí, señor.

Sentándose sobre los tacones, siempre arrodillado, Chambers oprimió con la zurda el hombro de Doris.

—Hazme caso de una vez en tu vida, bebé. Agáchate.

El «Plymouth» se ceñía a los virajes, aumentando progresivamente su velocidad.

Pero el «Rolls» tenía más estabilidad, y no aminoraba la distancia aproximada de cincuenta metros que separaba ambos vehículos.

—Constantemente hay coincidencias en la vida del hombre agitado por las circunstancias profesionales —murmuró Chambers, pensativo.

—¿Y cuáles son, Duff?

—Debían ellos estar en el restaurante francés. Pero allí no les convenía organizar una traca de fuegos artificiales.

Resbalando sobre su espalda, indagó Doris:

—¿Debo empezar a asustarme, Duff?

—Vas en «Rolls» lo cual es una garantía. Casi. Pero es mala suerte, bebé. Jim Curtis podía haber elegido otra ocasión. Es de los tipos que en el lenguaje de película de vaqueros llaman «desesperado». Tanto le da ser condenado por tres muertos como por treinta. Y acompañado por estos cuatro gorilas, se envalentonará. ¡No frenes, Jerry! Dale más.

—Ah, sí, señor. Había un bache doble.

La carretera era cruzada ahora a trechos por otras secundarias en ramales distribuidores.

Opinó Doris:

—Así, en pleno día, no serán capaces de intentar nada.

—¿No, eh? Si nos alcanzan, sacudirán plomo. Hay especialistas en esta faena. Disparan primero a los neumáticos. También es casualidad que Jim Curtis supiese dónde yo...

—¡Acelera, maldita sea, Jerry! ¡Se nos van a echar encima! ¡Acelera!

Algo durísimo chocó contra la sien de Duff Chambers.

Antes de perder el sentido, su rostro expresó una estupefacción sin límites.

Esperaba un ataque, procedente del «Plymouth», que iba ganando terreno, y le tumbaban como a un novato.

Sin disparos, sin lucha.

En último parpadeo, veía la expresión de hiena rabiosa, desfigurando las lindas facciones de Doris Lucas.

* * *

Se pasó la lengua por los reseco labios.

Mil alfileres eran alternativamente extirpados y clavados en su cuero cabelludo.

Sobre cada párpado le parecía tener un enorme pulgar presionando, impidiéndole abrir los ojos.

Le costaba razonar coherentemente, pero había sensaciones puramente físicas que no exigían esfuerzos mentales.

Estaba tendido sobre algo mullido, muy blando.

No, del todo no estaba tendido, porque sus piernas formaban casi un ángulo recto. Tenía las rodillas en alto.

Y el brazo izquierdo como paralizado.

Dedujo que las diversas presiones, desde su hombro hasta su estómago, se debían a cuerdas finas manteniéndole atado el brazo izquierdo contra el busto.

Tenía libre el brazo derecho. Cosa extraña...

Debía haber sido el instinto, al dolerle la sien fue lo que le hizo apoyar contra el suelo blando, su izquierdo.

Pestañeó repetidamente. Aquellas dos magníficas piernas, tan femeninas, las conocía.

El pie se arqueaba de empeine, en la elegante sandalia azul de alto tacón. Parte del vestuario selecto de Doris Lucas.

Rezongó roncamente Chambers:

—Maldita seas.

La veía sentada a un metro escaso. Un suelo tapizado de blancas pieles de oso.

Chimenea rústica, troncos, adobe. Una de las tantas cabañas montaÑeras en Nevada.

Las satinadas piernas dejaron de fascinarle, porque acababa de ver, en otro laborioso parpadeo, un adorno incomprensible en la refinada millonaria.

Estaba ella sentada a la fuerza.

Porque unos bramantes de los empleados por los pescadores de salmón mantenían a Doris Lucas en el banco de madera adosado a uno de los tabiques.

Desde su visual a ras de suelo, consiguió Chambers vislumbrar dos pares de zapatos masculinos.

Unos de tafilete negro, hechos a la medida.

Otros, bastos, deportivos. *Box calf* con orejeta llamativa...

Se aproximaban los de tafilete negro, moviéndose la pernera gris a rayas.

Y recibió el leve puntapié, desdeñoso, sin contundencia, en el costado derecho.

—Ya has descansado bastante, Chambers. Me oyes perfectamente.

La amable voz. Despreciativa. La conocía.

Guido Flavio poseía matices cambiantes en las inflexiones de su cálida garganta de barítono.

Incorporó Chambers el torso. Se quedó sentado, pero incapaz para hacer más gestos durante unos segundos.

El esfuerzo le había hincado en la nuca una sarta de aguijonazos. Y se le antojaba tener por raíces de cabellos, taladros y brocas.

Otro puntapié algo más conminatorio le repercutió en el pecho.

—Llégate hasta el banco, y no te imagines que eres listo. Haces muecas de agonizante, pero ya te conozco el truco. Esta vez no me engañas. Inconvenientes de conocernos ya, y mucho, guarro tramposo.

Consiguió, apoyándose en la mano libre, levantarse.

Esta vez no fingía. Pero el *gangster* indultado, así le creía.

Se dirigió hacia el banco, sentándose junto a Doris.

—¿Quién demonios le había golpeado en el coche?

Abrió los ojos del todo, reconociendo en el que calzaba los zapatos de *box-calf* con orejetas, al ex *jockey* Jim Curtis.

Un rostro de niño viejo y vicioso. Una mirada de sádica complacencia.

Por contraste, Guido Flavio era agradable de ver. Alto, armoniosamente proporcionado, de rasgos romanos y fulgurantes ojos negros.

Blanquísimos los dientes en sonrisa zorruna cuando mirando a Doris, explicó:

—Tu viejo no habría consentido en la boda, retirándote la caja de fondos, cuando le dijese que un tal Flavio quería casarse contigo. De todos modos, eras tú la que quería casarse conmigo, pero tengo esposa que me espera en algún lugar fuera de estos Estados. Fuiste muy amable, Doris, al traerme a este tipo. ¿Vas comprendiendo, Duff? Un nombrecito que me hinchaba yo de repetir allá en presidio, pero no precisamente a modo de plegaria, créeme. Y pensar que este muchacho sueña contigo como si fueras la Claudia, la Sofía y la Gina en una sola pieza...

Duff Chambers oía, pero a medias.

De las muchas situaciones apuradas en que se había visto, aquella batía el récord.

Jim Curtis, a solas, era un bicho venenoso. Unido a Guido Flavio, y con cuatro mastodontes rondando, iba a ser un verdugo rencoroso y muy lento, muy complicado, mezclando en su venganza a Doris, inerme, a su disposición.

Advirtió Chambers:

—Creo que no has calibrado bien lo que te dispones a hacer, Guido. Cuando encuentren mis restos, tú y éste habréis terminado para siempre, porque el capitán Hartland...

Flavio avanzó como el boxeador que tiene acorralado en una esquina del *ring* a su indefenso y *groggy* adversario.

Sus dos manos se abrieron, y la cabeza de Duff Chambees viajó velozmente al compás rítmico de rápidos bofetones.

Un creciente mareo le invadió a la vez que una serie de agudos zumbidos le ensordecían.

Siguió aún acompasando con el cuello el vaivén cuando ya Guido Flavio había retrocedido.

Oyó como si hablasen desde muy lejos y a través de una densa

neblina:

—... Palabra, Doris. Nada te pasará, si este tipo escribe. Tu papi ya le conoce. Me he informado. No abusaré. Bien vales medio millón contante y sonante. Será mi último negocio. Como despedida. Podéis, discutir los dos. Os doy diez minutos. Si él intenta desatarte, Jim acudirá. Y te horrorizaría presenciar los selectos trucos de que dispone para convencer a los tíos tercios y a las niñas rebeldes.

La neblina se iba esfumando.

Vio contra su hombro el semblante finamente modelado de la que susurraba:

—Por mi culpa, Duff. Por mi culpa. Si te hubiese dicho cómo se llamaba mi..., mi hombre soñado...

Se truncó la voz femenina...

Chambers, restañándose con la lengua la sangre de los labios, habló también en voz baja:

—Habría venido igual, bebé. ¿Fue Jerry quien me atizó?

—Me paralizó la sorpresa cuando vi que frenaba, se volvía y te golpeaba. Me abalancé, pero tarde. Estaba yo rabiosa, pero de nada me sirvió. Ya te había él golpeado, y me sujetó. ¡Sucio negrazo desagradecido! Yo que le creía de toda confianza...

—Es que tú resultabas una paloma principesca para Guido. Algunas veces se me ocurrió pensar que en tu solitario retiro podías ser víctima de un cobrador de rescates. Esta vez, Guido, en su despedida, quiere unir el negocio con el desquite. Ya adivino... Buscándome, Jim Curtis lo encontró en Reno y para él, era una protección y una ayuda.

—Mientras no escribas, nada te harán, Duff. No escribas la carta que él quiere.

—Sabe que tu padre recibía mi comunicado semanal informándole acerca del perfecto estado de tu salud, corazón y espíritu. No, no intentes desatarme. No lo conseguirás, y entraría el bichito asqueroso patizambo y cobardica.

Jim Curtis apartó la cortina.

Se bamboleaba un poco sobre sus arqueadas piernas de jinete.

Empujó una musita hacia Chambers.

—Ya habéis susurrado bastante, parejita. Papel y bolígrafo,

Chambers. Te dictará Guido. Escribe bien y a modo, porque si hay resistencia, te anunciaré el programa de festejos que se avecina. Primero le cortaré la melena a esta damisela, y después...

—¡Ahórrate baba, Jim! Por mí, acabemos cuanto antes.

Jim Curtis, sentándose con el estrecho torso contra el respaldo de una silla, frente a Doris, se refociló en un juego infantil.

Alisaba, en la palma de su diestra, la rutilante hoja de una navaja barbera.

Grotescamente maligno, como un gnomo rencoroso.

Reapareció Guido Flavio, pisando la piel de oso en aplomada zancada.

Tiró sobre la mesita una hoja inserta en un sobre. Un excelente papel pergamino, dentellado en su canto.

—Tienes bolígrafo, Chambers. Y tienes vida, hasta que el viejo Lucas recupere a su queridísima y caprichosa nena. Después... me contentaré con dedicarle una hora de despedida a ella. Tú te las entenderás con Jim, o, mejor dicho, él contigo.

Pronunció ella, silabeando claramente:

—No escribas nada, Duff.

Miró a Flavio:

—Es poco medio millón, Guido. Sólo por volver a respirar aire limpio y no tener el asco de volver a verte, doblo la cantidad.

—¿Eh?

—Sí, Guido. Yo dispongo de un millón largo, muy mío. Me dediqué a jugar fuerte sobre acciones de minas sin mineral y de pozos de petróleo sin petróleo. Las compraba por juego, para divertirme en algo, y aparecían entonces vetas de mineral y chorros de asqueroso oro negro. Yo tengo un millón para ti, Guido, con tal de conseguir perderte de vista. No es preciso que mi padre reciba ninguna carta. Tendrás el millón. Lo tendrás apenas Duff quede libre.

—Más prefiero pajarraco en mano que cien volando.

—Matar es el peor de los negocios, Guido. Tendrías que matarnos a los dos, y no cobrarías entonces más que un centavo.

—¿Un centavo?

—El que pueda valer el último cigarrillo del condenado a muerte.

—Doris Lucas, mí querida princesa orgullosa, yo no soy un

vasallo ingenuo. Dejar a este tipo libre... ¡Cállate ya, estúpida! Ya sabes quién es Jim, ¿verdad, Chambers? El cuenta conmigo para sacarle de los Estados Unidos. Si le digo que le corte la cara a Doris, lo hará con arte y paciencia. Yo me comprometo a devolverla con vida...

—¡Dicta ya, y acabemos de una vez! Supongo que habrás meditado en el mejor medio de cobrar el medio millón sin que la policía te pida el recibo.

—Ya lo tengo solucionado.

—¿Tienes una pluma? Mi bolígrafo está seco:

Tendió Flavio una «Sheaffers». De depósito repleto...

Pareciendo comprobar la carga, levantó Chambers, de pronto, la pluma.

Accionó con el pulgar, a modo de gatillo giratorio el botón aspirante, impelente.

Un chorro azul inundó la parte superior del rostro de Flavio.

La mesita, impulsada por las rodillas, voló hacia adelante.

En salto exasperado, de delantero centro desleal y poco deportivo, Chambers devolvió los dos puntapiés. Con propina.

En tijera inglesa.

Un punterazo en el estómago de Flavio, que se frotaba los ojos con la zurda, buscando con la diestra en su bolsillo.

Jim Curtis emitió un chillido de rata que se ahoga, debatiéndose con la mesa, que arrojó a un lado.

Cayó en pie Duff Chambers, ya colocado en preciso y segundo punterazo el resto del compás aéreo.

La mandíbula de Guido Flavio crujió.

Destellaba la hoja de navaja, buscando la garganta del detective, pero encontró la madera de un escabel que de escudo pasó a mazo.

—¡Al suelo, Doris!

Pero ella no pudo obedecer.

Entraban dos desconocidos.

De rodillas, Chambers había encontrado en el bolsillo de Flavio lo que éste casi empuñaba.

Disparó Chambers repetidamente desde la cadera del desvanecido *gangster*.

Algo le quemó la piel, cerca del cuello.

Siguió disparando, pero a la vez abandonando el refugio del

italiano caído, corrió para pisotear con saña la mano que, temblorosamente, tendía Jim Curtis hacia las pistolas abandonadas.

Abandonadas a la fuerza por los dos que habían disparado sin la menor puntería, al ser recibidos a tiros.

Taconeó Chambers hacia atrás contra el rostro de Jim Curtis, que pretendía derribarle abrazándose a sus piernas. Y estaba ahora manchándole de sangre su traje preferido, el gris Gales.

Retrocedió, instintivamente, ignorando que se comportaba como un súper romántico de la Era Atómica, cuando en su cuerpo hicieron mella los dos disparos que hubiesen atravesado a la aterrorizada e inmóvil Doris Lucas.

Los fogonazos brillaban en una ventana contra la que vació el cargador de la pistola de Flavio.

Tiró el arma con prisa, como si quemase.

Tenía un solo brazo libre, y necesitaba urgentemente sentir otra culata latir en la palma de la diestra, antes de empezar a pensar dónde estaban situados exactamente aquellos dos botones de fuego.

Y al arrodillarse para recoger otra pistola, una ráfaga salpicó la piel de oro, se hincó en el cuerpo de Jim Curtis y le rebotó a él junto al tacón derecho.

El cuarto y último «guidoflaviano» acababa de delatarse, pensó sonriendo con salvaje alegría.

Inconvenientes de disparar y no acertar.

A veces sospechaba que le atraía la crueldad del combate anónimo contra profesionales de la matanza.

Fue resbalando lentamente hacia delante, pero muy vivo y seguro el índice.

Un silencio total le rodeaba, inundándole, deleitoso, después de aquel *pandemónium* donde el crepitar de los balazos, en eufórica sinfonía, se mezclaba el lamento gimiente de los sollozos femeninos.

Pensó que una mujer llorando sinceramente, volvía a ser una niña.

Tenía razón Peter Hudson. «Jugar a muñecas», solo unos años.

Estaba muy consciente de que se arrastraba, de que empezaba a delirar mentalmente.

Pero si se arrastraba era por algo muy claro. Le faltaban aún dos cosas por realizar.

Y tenía que hacerlas, aunque fuera lo último. El toque final.

La primera, asegurarse de que Guido Flavio no despertaría de su desvanecimiento, y tras sujetarse la rota mandíbula, reanudase su intento de llevar a cabo su último negocio.

Se arrastraba con dificultad progresiva.

Aquellas pieles eran muy útiles para entibiar la cabaña montañera, pero eran un engorro para avanzar.

Una pistola sin balas.

Dejó de pulsar el gatillo, para coger el arma por el cañón.

Alzándola, machacó en dos impactos feroces, salvajes.

Alguien gritaba agudamente. Debía ser ella.

«Ya voy, ya voy», gritó mentalmente.

Ya era incapaz de oír siquiera su propia voz a medida que, por el suelo, sobre el único codo del que podía hacer uso, se dirigía hacia su segunda meta.

Era algo que brillaba. Eso es. Brillaba... Sí, la navaja. Llevársela a Doris para que se libertase.

Pero todo brillaba y relucía en aquel condenado túnel donde estaba sumergiéndose lentamente.

La cabeza de Jim Curtis.

Pegajosa, con brillantina rara. Una brillantina roja adhiriéndole los ralos cabellos al cráneo abierto.

¿Dónde habría dejado su navaja aquel bestia?

Empezaba a envidiar a los lagartos que tan elegantemente sabían correr, sin necesidad de codos ni rodillas.

Espléndido, magnífico. Ahí estaba. Una fría hoja blanquísima.

Una faena de limpieza, digna de figurar en los modernos cantares del heroísmo deportivo. Seis asesinos fuera de combate.

Y él, Duff Chambers, con un solo brazo útil... ¿Duff Chambers? ¿Quién demonios era Duff...?

Quedó inerte.

Con la cara contra unas sandalias azules, de alto tacón.

CAPÍTULO VIII

Blanca cal deslumbrante. Paredes como las de una celda franciscana. Entre las pestañas le entraba el vivo colorido de los tapices indios.

Conocía aquellos tapices. Sí, eran pinturas de indios navajos. Y en aquella esquina, el hogar de chimenea ovalado, donde los largos troncos de pino podían colocarse en pie.

Bajos divanes, también cubiertos de tapices indios.

¿Qué hacía él, tendido en una cama, y en Tebaida, el retiro exteriormente rústico, interiormente muy confortable, propiedad de Doris Lucas?

El tiempo carecía de medida. Hacía años que estaba tendido en aquella cama.

Palpando el frescor del embozo de sábanas, Duff Chambers iba recobrando la noción del ser, de su existencia.

¿Susurraba alguien, silbando, a su lado? Alguien era, sí, que respiraba. Un rostro redondo, de grandes gafas. Un rostro conocidísimo, que los periódicos y revistas reproducían constantemente.

El famoso cirujano milagroso: ¡Hendrick Alberts!

Por extraer una espina de pescado del pulgar, Hendrick Alberts debía cobrar, aproximadamente, diez mil dólares.

Y al otro lado, una blanca enfermera, apetitosa, succulenta...

«¡Caramba! ¡Qué rubia más magnífica!», pensó, alborozado.

—¡Caramba! ¡Qué rubia más magnífica! —oyeron perfectamente el cirujano Alberts y su enfermera de confianza.

Ella sonrió, complacida, mientras el cirujano terminaba de renovar el triple apósito.

Duff Chambers creyó que seguía pensando.

—Este Alberts tiene una cara inconfundible. Yo no le llamé. Es demasiado carero. La rubia se ríe. Está superior, la criatura. Si me

incluyen la sonrisa esa tan fascinante en la factura, viviré empeñado hasta el fin de mis días... ¡Caray, pero sí... soy yo el que está hablando!

Movió Chambers los labios, hasta quedar sentado, y apuntalado por almohadas.

Y se iban los dos, así, sin decirle nada.

Pero irrumpió alguien que decía muchas cosas a la vez.

Y cuyo abrazo no era profesional ni de atención médica.

—¡Por fin, hombre! Una operación difícilísima, Duff, después que te hizo la primera cura un médico de pueblo, que dice el doctor Alberts que vale. Vino en avión... Tres balas, Duff... ¡Míralas!

Agitaba ella, al extremo de su brazo derecho, un brazalete, del que colgaban tres guijarritos negros.

—Te pusiste delante. Protegiéndome. Fue algo indescriptible, Duff. Todos los periódicos estuvieron día y noche, durante cuarenta y ocho horas, llevando tu nombre en mayúsculas. Te escriben desde todos los rincones. Cartas necias, de provincianas románticas. Eres el superhombre del año. Estabas tan arrogante, hasta cuando hablabas solo, después de... ¡Oh, Duff, hombre!

Duff Chambers se encontró, de pronto, muy a gusto.

Alrededor de su cuello dos frescos brazos. Y contra sus labios una tibia presión, que iba aumentando, aumentando...

La arisca, salvaje y virginal enemiga de los hombres, Doris Lucas.

Un tesoro incalculable, no en los Bancos, sino en los labios.

Había tipos con suerte. Sí, porque aún estaban a su alcance aquellos sabrosos trocitos de fresa.

Y los ojos felinos, mirándole, adorando, sumisos.

Chambers trató de hacerse el modesto, pero reventaba de orgullo.

Se palpó los vendajes que rodeaban su pecho y el apósito que cubría el refilón del navajazo en su cuello.

—Mala hierba nunca muere, bebé. Parece como si hubiese dormido durante años.

—Morfina. Pero inyectándote también suero, y desde anteayer, alimento líquido. Yo misma. Te trasladamos aquí hace cuatro días. El doctor Alberts ordenó que debía evitarse el menor movimiento, y narcotizado a dosis decrecientes, fuiste resucitando. En realidad,

todo por culpa mía. Al querer darme la navaja, y lo conseguiste, hiciste esfuerzos que aumentaron el peligro de hemorragia para ti.

Pero el doctor Alberts efectuó unas intervenciones formidables. Se esmeró. Eres un héroe público. Mi padre te besó. No te diste cuenta.

—Por suerte. Bueno, le devuelves los besitos de mi parte a papá Lucas.

Media, hora después, habiendo comprobado el buen funcionamiento de sus maxilares, en breves ataques a una pechuga de pollo y una macedonia de frutas, Chambers conocía ya el epílogo de su hazaña.

Antes de que terminase de hacer uso de la navaja, Doris Lucas vio entrar a dos hombres, atraídos por el tiroteo.

Dos rurales que, en el «Rolls», trasladaron a Chambers al pueblo de Tahoe. El médico, mestizo, pudo extraer dos de las balas, pero la tercera estaba demasiado peligrosamente hundida, cerca del endocardio.

Una conferencia, un avión, el doctor Alberts, y un aluvión de periodistas, fotógrafos y corresponsales de televisión.

Jim Curtis y los otros cuatro pistoleros solamente dieron trabajo al sepulturero.

Guido Flavio deliró. Y delirando, fue sincero. No acertaba a diferenciar al médico que le atendía del comisario que le interrogaba.

Un periodista afirmó que, en lo sucesivo, los maleantes temerían a una pluma estilográfica manejada por Duff Chambers.

Pero cualquier ciudadano podía emplear una estilográfica. Lo difícil era saber emplear los pies con tanta conciencia y pulsar un gatillo tan atinadamente.

El chófer negro, Jeroboam, en la cárcel, gemía tardamente, declarándose arrepentido por haberse dejado sobornar.

Alegaba que siendo Guido Flavio el novio aspirante a Doris Lucas, creyó que se trataba simplemente de obligar al viejo Lucas a aceptar la boda, como un hecho consumado.

Y leyendo los periódicos, seis días después de los hechos, Duff Chambers se inflaba como un pavo real.

Con anterioridad, ya había demostrado su eficiencia en el noble arte de devolver, ampliadas, las brutalidades.

Pero ahora había batido el récord. Con un solo brazo y una «Sheaffers» como primera arma ofensiva.

Durmió sin necesidad ya de morfina, para despertar risueño. Podría abandonar la cama, a lo sumo dentro de una semana.

Una semana que se hizo muy corta. Visitas constantes, y siempre, como árbitro medidor del tiempo, Doris Lucas.

Envanecida, como una propietaria avara, que muestra una joya única.

Uno de los titulares le había parecido a Chambers algo decimonónico:

«Duff Chambers, ofreciendo el pecho al plomo destinado a Doris Lucas, su secreto amor».

Realmente, un amor además de secreto, ignorado. Que surgió con esplendor en ella, con asombro en él.

Y al término de los siete días de convalecencia, se encontró él casi decimonónico, con su palidez y el apoyo del bastón innecesario, pero que toleraba ante la insistencia de ella.

Contemplando el crepúsculo coronando de rojo las cimas de Sierra Nevada, dijo Chambers:

—Ya todo pasó, bebé. Ahora, cada cual a su olivo.

—¡Oh, Duff! No seas así, hombre.

—Soy como soy, bebé. Verás como cuando dejes de verme unos días, te darás cuenta de que creías amor lo que solo es gratitud, criatura. Recuerda, además, que siempre me dijiste que yo era un engreído cínico, un solemne fanfarrón...

—¡Oh, Duff, no seas así, hombre! ¿Vas a resultarme rencoroso ahora?

Chambers prosiguió, implacable:

—Me gustas horrores, bebé. Sin embargo, no debemos dejarnos llevar por sentimentalismos que luego lamentaríamos. Crees querermme, pero...

—¡Te quiero! Es horrible que me obligues a decírtelo, así, de este modo... ¡Te quiero!

—Y yo, bebé. Pero me gustará seguir siendo Duff Chambers y no el marido de Doris Lucas. Ya oíste a tu papá. Un gran hombre, comprensivo, pero que se rascaba el cogote, meditando dónde

diablos colocaría al esposo de su hija.

—No es simpático lo que dices, Duff.

—Pero es la verdad, nena.

—¿Tengo culpa de ser millonaria?

—Miel sobre hojuelas, y conste que si estuviese cierto que lo nuestro es amor...

—En mí, lo es.

—Y en mí, tal vez también. Pero tenemos genio, orgullo, y es mejor dejar que unos días, en serena separación, nos aclaren el asunto.

Doris se volvió de espaldas. Indagó.

¿Piensas en otra? ¿Quieres a otra?

—A todas en general, a ninguna en particular, salvo a ti.

—Y a Flora Hudson.

—¿Flora Hudson? —inquirió Chambers, pensativo—. ¡Ah, sí, la melliza! ¡Caramba, un caso pendiente! ¿Qué te hace suponer que yo...?

—Era el nombre que repetías más veces que el mío. Ella te ha enviado una carta que no he abierto, pese a las ganas. Y vino personalmente, muy angustiada. Quería verte, hablarte. El doctor Alberts se opuso.

—Tonterías, bebé. Yo y Flora, apenas si charlamos unos minutos.

—Pero te espera. Ha telefonado a Reno. Yo recogí los avisos.

—Había un caso pendiente. ¿Tienes ahí la carta?

—Trajeron tu coche y tu equipaje. Dejé la carta en tu maletín. ¿Vas a ir a San Francisco?

—Naturalmente, bebé. Tengo un caso pendiente.

Siempre de espaldas, dijo ella:

—Si no te quisiera, no te... no me humillaría... Bueno, no me humilla pedirte cuánto tiempo necesitas para aclarar si quieres a Flora Hudson, o me quieres a mí, o solamente te quieres a ti mismo, Duff.

—Magnífico, Doris. Creo que con quince días, a lo sumo, averiguaré a quién de estas tres magníficas criaturas, prefiero. No sé por qué, me imagino...

Ella se alejó apresuradamente.

Duff Chambers, abandonando la mecedora y el bastón, mientras

se dirigía al interior, terminó su frase:

—Me imagino que no me quiero ni a mí mismo.

CAPÍTULO IX

Conduciendo sin apenas sentir la molestia del vendaje, Chambers veía ya las luces del Golden Gate trazando su monumental arco sobre la bahía.

Sabíase de memoria casi la carta de Flora Hudson. Sencilla, fragante de ingenuidad, agradable. Menos dos líneas.

Sonrió de nuevo, repetidamente, pensando en aquellas dos líneas. Hubiesen tranquilizado a Doris Lucas.

Una carta que reanudaba el hilo del misterio que trenzaba una incomprensible tela de araña en torno al noviazgo de un honorable fabricante de raquetas y Gloria Hudson.

La carta decía:

«Mi buen amigo:

»Así le conceptúo, porque fue usted muy gentil al decirle a mi padre que yo no merecía haber nacido en esta época materialista. Un cumplido que le agradezco.

»Estuve muy angustiada cuando leí lo que la Prensa llamaba “la matanza de Tahoe”. Se comportó usted como un caballero a la antigua usanza, defendiendo con su pecho por escudo a Doris Lucas.

»Le escribo porque tengo que pedirle que me convenza de que no soy una imaginativa. No me gusta nada Monty Wolsey.

»Tengo que exponerle primero algo que me callé. Antes de conocer a Monty Wolsey, Gloria encontraba agrado en la compañía de Farley Harrison, un buen muchacho, compañero nuestro de colegio».

Ahora venían los dos líneas.

«Habíamos soñado casarnos el mismo día. Ella con Farley, y

yo con Ralph Harrison.

»Farley disimuló muy deportivamente su amargura. Pero yo sé, por Ralph, que está moralmente abatido. Usted puede hacer el milagro de que las cosas vuelvan a estar como antes. Yo insisto en que, por intuición, no me gusta Monty Wolsey. Usted puede demostrar si soy una imaginativa o realmente sería una pena que Gloria se casase con Monty Wolsey.

—»Le espero con impaciencia. Le he enseñado lo escrito a mi padre. Ha dicho textualmente: “Botarate por botarate, prefiero a Farley, pero es Gloria la que ha de casarse con Monty Wolsey. No yo. Ni tú. De todos modos, confío en este detective de la Tabla Redonda y el estacazo rotundo”.

«Celebro haber sabido que está usted fuera de todo peligro.

»Agradecida,

»Flora Hudson».

Sí, estaba fuera de todo peligro. Hasta que fuera a hurgarle el saco de secretos a Buster Bradford. Este era el que podía aclarar por qué no debía él «meterse».

Pero no aclararía nada, salvo presentándole un anzuelo.

Y no tenía la menor carnaza para cebar el más diminuto de los anzuelos.

Había algo. Vislumbraba algo posible.

Aparcó frente al *taxi-girls* del 56 de Pacific Coast.

* * *

El inspector nocturno de pista no era el que le había echado diplomáticamente.

Chambers se acercó, tendiendo un talón.

La muchacha se volvió. Cogiendo el billete, apoyó a la vez su diestra en el hombro del bailarín.

No era Karina Lizzard. Poseía la misma negrura de cabello, el mismo contorno corporal, pero no era ella.

Buscó Chambers en torno con la mirada. Sonaba un ritmo lento. La muchacha dijo, de pronto:

—Yo le conozco. Usted ha venido muy retratado... ¡Vaya que sí! Usted es el león de Tahoe.

—¿Echo un rugidito, tigresa?
—Según y cómo. ¿A quién pretende echarle la zarpa encima?
—A Karina. Se te parece mucho.
—Si quieres, me llamas Karina. Me conformo.
—Buena idea. ¿Y la legítima, por dónde anda?
—Hace ya días que la contrataron en el Krystal Saloon. Es más descansado que esto, pero prefiero fatigarme.
—¿Qué le pasa al Krystal?
—Hay que beber y alternar en palcos. ¿No lo conoces?
—No.
—Lo compró hace poco uno del Este. Un tal Bradford. Entregó Chambers el resto de la tirilla.
Ella susurró:
—¿En busca de Karina? Es una lástima.
—¿Por qué, guapa?
—Te dejás retratar conmigo, como quieras, donde quieras, y me llaman de Hollywood.
—Será cuestión de pensar en explotar mi parte en la propaganda.

* * *

KRYSTAL SALOON

Las dos palabras restallaban en neón azul sobre fondo amarillo, en cartelones laterales y en arco sobre la cúpula del caserón al borde del mar, en el antiguo distrito español llamado Presidio.

Un caserón imitando los antiguos *saloons* de la época de la estampida del oro.

Un interior también evocador, con espejos de marco dorado, bar en herradura, mesas de tapete verde y camareros con delantal, sujetas las mangas de camisa por gomas rojas.

Al fondo, un escenario con telón de terciopelo azul. Un pianista, dos violines, guitarra, bajo y armónica.

Sólo atracciones del «tiempo dorado», que vestían como entonces, que cantaban pueriles baladas mineras y tonadillas picarescas.

También cómicos con repertorio del 1880.

Pero era muy del tiempo actual el que se aproximó a la galería, tras los palcos donde Chambers examinaba la concurrencia.

Bart Prescott saludó, casi amable:

—Hola, tú. ¿Te sentaron bien las vacaciones? Si ahora quieres ver al patrón...

—No le veo.

—Está en su despacho. No le he avisado aún.

—Déjalo, pues. ¿Es bueno el negocio, Bart?

—No es malo. ¿Aviso al patrón?

Chambers no replicó. Había ya divisado en un palco, a solas, mirando al escenario, a Karina Lizzard.

Bart Prescott permaneció donde estaba. También pensativo.

Karina Lizzard dejó de aplaudir al cómico que acababa de cantar una romanza sensiblera con gorgoritos y trémolos.

En la penumbra del palco, sentándose frente a ella, dijo Chambers:

—Malas noches, Karina. Estuve ausente unos días. ¿Quieres escucharme?

—Mientras no me estorbe la visión del tablado, hable lo que quiera.

—¿Sabes quién es el teniente Compton?

—El que en Miami terminó el expediente del caso de mi hermano. El trazaría una cruz. También la construyó el carpintero. Y puso: «Descansa en paz, Lester Lizzard».

—No descansa en paz. Estás aquí. Y el dueño es Buster Bradford. Has de escucharme, niña. Debes hablar con el teniente Compton. Él tenía una teoría, pero no pudo demostrarla. Yo no maté a Lester.

Karina se apartó el cabello a un lado, echando atrás la cabeza. Su busto resaltó, agresivo, en el leve jersey de malla.

—No, no maté a Lester. Y esto te lo diría el teniente Compton. ¿Quién envió a Lester? Bradford. ¿A qué hora? A las tres y media de la tarde. ¿Quién me telefoneó a las tres, aquella misma tarde? No reconocí la voz. Una voz que me advertía que, cuando yo subiera a mi coche, en el aparcamiento del hipódromo de Hialeah, presentaría un blanco magnífico para Lester, que venía a liquidarme.

Ella fingió mirar hacia lo alto, como aburrida.

Prosiguió Chambers:

—¿Sabes qué teoría no pudo demostrar el teniente Compton? Que Bradford llevaba un negocio, del que no quería darle su parte a Lester. Y que fue el propio Bradford quien me telefoneó. Ahora lo negará, es evidente, come lo negó allá. Pero Lester solamente podía ser enviado por Bradford.

Karina miró ahora hacia el escenario. Parecía no escuchar.

—Cuando yo subí al coche, llevaba ya la vista preparada y la mano dispuesta. Vi llegar a Lester. Le grité que diese media vuelta. No me hizo caso. Disparó. ¿Le mate yo o quien le envió y me comunicó la hora, dónde y cómo? Ya está todo dicho, niña. Si quieres corresponder al cariño de Lester, vete de aquí. Bradford está explotando tus pocos años, tu ignorancia. Es un mal bicho.

Ella aplaudió y dijo, sin mirarle:

—¿Oyó qué canción más linda? Pero todo mentira... Mentira.

—No tengo por qué mentirte. Yo no sé cómo, pero le pondré el pie al cuello a Bradford, y cantará... Primero mentiras, pero luego cantará la verdad. Los dos nos teníamos inquina. Mucha. Pero yo le habría olvidado, a no ser por Lester. Entre ellos deberían, tener más lealtad. La tenía para Bradford, el pobre Lester.

—Y usted le esperó, pistola en mano.

—Disparando cuando él llevaba ya dos plomos de ventaja. Y empecé a pensar en la teoría del teniente Compton. Por eso seguí los pasos de Bradford. Y lo quieras o no, cuando yo termine con Bradford, te habrás salvado. Y entonces sí que descansará en paz Lester Lizzard. No te pagó una educación de niña rica, para que vengas a exhibirte medio desnuda en un tugurio. Es otro escarnio que Bradford le hace a Lester.

Sonaron unos toques en la puerta.

—¿Por qué ha cerrado usted la puerta del palco?

—Porque no quería que entrase Bart Prescott o Bradford, antes de que me oyeras.

—Ya le he oído. Puede largarse.

—¿Qué clase de chica eres, Karina? ¿Tan necia, que no sabes adivinar que aquí solo cosecharás plomo, tarde o temprano?

—Cosecharé oro.

—No lo creo. ¿No sabes adivinar que me dolería tu mal fin?

—Ocúpese de su propio fin, Duff. Lo que no supieron hacer en Tahoe con usted...

—Lo quiere hacer Bradford, valiéndose de ti. Y mientras, tú, escarneciendo la memoria de Lester, aquí.

—En algo he de ganarme el sustento, ¿no?

—Trabaja con escoba y trapos, o aporrea una máquina... Bueno, veo que es inútil, mientras sigas obsesionada con matarme.

—No sea tan hipócrita, Chambers. Si ya liquidó a mi hermano, ¿por qué no intenta otro modo de conquistarme y...?

La mano de Chambers tuvo un brusco impulso.

Se aplastó, palma abierta, en presión brutal sobre los labios femeninos.

Por encima de sus dedos, los negros ojos le miraron, dilatados, rebosando odio y cierto temor repentino.

—Tienes mal fondo, Karina. Lástima de tiempo perdido contigo. Y lástima de dinero que empleó Lester, dejándose la piel. Eres mala, Karina.

Dio Chambers media vuelta, convulso aún el rostro.

Abrió, y Bart Prescott retrocedió dos pasos.

—¿Aviso al patrón, Duff?

—Dile que mañana le traeré una noticia sabrosa.

—¿Le anticipo algo?

—Sí. Háblale de un fabricante de raquetas. Abur, Bart.

Bart Prescott no hizo nada para impedir la salida a Chambers.

CAPÍTULO X

Se despertó del todo bajo la ducha.

Tras abandonar el Krystal, sin haber visto a Buster Bradford, telefoneó.

Le contestó Peter Hudson. Sus dos mellizas dormían. De todos modos, si quería venir...

Contestó Chambers que despertar ángeles suscitaba el enojo del buen diablo paterno. Iría a primera hora, a la mañana siguiente.

Peter Hudson especificó que en su casa la primera hora era la de las diez. Sería bien acogido.

Secándose, miró ahora el reloj. Las nueve y cinco. ¿Quién llamaba en la puerta privada del apartamento?

Se ciñó el albornoz, deslizando la automática en el bolsillo.

Abrió, dejando la cadena de sujeción. La soltó.

Entrando, Ross Hartland le tocó en el hombro. Una palmada amistosa.

—Hola, héroe. Pudo usted visitarme o decirme que ya estaba circulando. Es todo un personaje, muchacho. Y al cazar a Flavio, cazamos a los del camión.

—No le importará que me vista, mientras le oiga.

—¿Le extraña mi visita?

—Francamente, sí.

—¿Estuvo anoche en el Krystal?

—Sí.

—¿Hacia las once?

—Llegué a las once menos ocho, y me marché a las once y veinte. ¿Controlado, mi capitán?

—No sea suspicaz, héroe. Lo mataron a las doce de la noche. Entre doce y una, dice el forense.

—¿A quién mataron?

—Buster Bradford.

Chambers acabó de hundir los vuelos de la camisa en su pantalón.

Pasaron unos segundos de silencio.

—Una lástima.

—¿El qué, Duff?

—Me hubiera gustado eliminar yo mismo a Bradford. Legalmente, claro, como es de rigor. ¿Tiene ya atrapado al justiciero?

—De momento, tengo encerrado a Bart Prescott. Un camarero oyó gritos en el despacho de Bradford hacia las once y media, estando a solas con Prescott. Este admite que Bradford quiso golpearle, y él le asestó un par de directos. Afirma que se consideró despedido, abandonando el Krystal hacia la medianoche, pero no tiene coartada.

—La tendría, si hubiese liquidado a Bradford. No defiende a Prescott, pero es un borrico que masticará siempre la hierba que le den a pastar. En otros términos... Si le alimenta un pastor, tocará a misa. Pero le alimentaba Bradford. ¿Por qué discutió con él?

—Eso es lo curioso, y es donde entra usted.

—¿Yo?

—Prescott pretende hacerme creer que Bradford le reprochaba no haberle impedido a usted abandonar el local, y que se acaloró, dándole a las manos. ¿Qué buscaba en el Krystal, Duff?

—Nada determinado. En abstracto, ver si surgía el motivo que me permitiese buscarle las cosquillas a Bradford. Otro se me adelantó. ¿Sospecha de alguien más, aparte del borrico de Prescott?

—En concreto, de nadie. En abstracto, de nadie tampoco, y de muchos. Tipos como Bradford, que solo se meten en negocios difíciles, muy planeados, de tiempo en tiempo... no dejan muchos rastros de sus posibles asesinos.

—¿Cómo le mataron?

—Puro plomo. A tiros, con un silenciador. La pistola se encontró tirada tras una caja de licor. Pistola propiedad de Prescott. Dice que cuando él abandonó el Krystal, considerándose despedido, colgó su «estuche» en el ropero del pasillo, y que alguien cogió su arma para echarle el muerto a él. Tengo la impresión de que Prescott, a su modo, le admira. Es un bruto integral, y el hecho de que, usted plantara cara a seis, eliminándolos, supone para Prescott algo muy

prestigioso. Ya que está dispuesto a salir ¿por qué no habla unos instantes con Prescott?

—No me dirá nada que no sepan ya ustedes.

—Depende. En cierto modo, él discutió con Bradford por causa de usted.

—Vamos allá. Pero tendrá que dejarme charlar a solas con él.

—Naturalmente, y oiga, Duff...

—De acuerdo, capitán. No me guardaré nada para mi capote.

* * *

Bart Prescott bebió ávidamente la jarra de cerveza que acababa de traerle un policía.

Se limpió la boca con el dorso de la mano, sintiéndose ya dispuesto a resistir otra tanda de preguntas.

Pero le dejaban solo. Lo cual le pareció peor. Aquel cuarto tan blanco le escamaba. Tenía algo de clínica. Olía a árnica.

Le habían quitado hasta los cordones de los zapatos.

Miró con recelo al que entraba.

—Hola, Bart. El capitán Hartland supone que tú y yo podemos charlar como antiguos conocidos.

Volvió Prescott a sentarse en el taburete empotrado.

—Yo no maté a Bradford. Me harto de repetirlo. Es la pura verdad.

—Nosotros tenemos un defecto, Bart. Mentimos a veces, y luego, cuando toca la hora de la verdad, no nos creen.

—Serás tú, pero yo digo la verdad pura. Casi siempre. Ahora, la digo.

—No estoy aquí para que nos adulemos. Le he dicho al capitán que pongo la mano en el fuego por ti. Tú no has matado a Bradford.

—Claro que no. Salta a la vista.

—¿Por qué, Bart?

—Pues... porque me consta a mí, caray.

—Eso, aquí, no basta. Tú no has matado a Bradford, porque, si lo hubieses hecho, no te habrían pillado por la ciudad. Habrías tratado de poner miles de millas entre tus fondillos y la jauría de sabuesos.

—Exacto, exacto. Eso es.

—Pero peleaste con Bradford poco antes que éste la diñase. Y fue tu pistola la que disparó.

—Mi pistola, puede. Pero yo, no.

—Ayúdame y te ayudaré. Este es el motivo por el que estoy aquí. Tú conocías los negocios de Bradford.

—¡Que te crees tú eso! Precisamente peleamos porque... Bueno, y total, ¿qué adelanto yo? Les ha dado a esta gente por tomarla conmigo, y no hay nada que hacer.

—Yo soy un tipo listísimo, inteligente y avisado, según nos consta a los dos. Ponme a prueba. Y te echo una mano.

—¿A qué viene ahora tu cariño por mí?

—Siento debilidad por los burros.

—Sin ofender, si puede ser.

—Los burros no nos oyen. Dices que precisamente peleabas con Bradford por asunto de negocios.

Miró Prescott, en ojeada calculadora, la separación hasta la cancela.

No podían oírles. La mesita era lisa. No había dictáfonos ni micros.

—Puede que tú le saques punta al asunto, Duff. No lo he contado a esta gente, porque se meterían aún más conmigo. Cuando te fui a visitar, yo tenía que lograr que te avinieses a no meterte en nada de lo que hiciera una chica llamada Gloria. Pero yo no tenía la menor idea del porqué. Y ayer noche, cuando le dije a Bradford lo que me habías soplado como despedida, se puso furiosísimo. Algo disparatado.

—¿O sea que, al mencionar al fabricante de raquetas, una cosa tan inocente, se puso Bradford furioso?

—Pero que trinaba... Me dijo clarísimo... y no iba yo a repetirlo a esta gente porque me hubieran tomado por... Bueno, el caso es que Bradford me dijo clarito: «No vuelvas por aquí, sin haberte cargado a Duff Chambers».

—Y todo porque yo cité a un fabricante de raquetas.

—Eso es. «Las cosas claras —le contesté yo al patrón—. Yo me cargo a quién sea, si se trata de que se mete conmigo o trata de estropearme un buen negocio. Pero, ¿por qué me voy a cargar a Chambers, sin saber el motivo, por lo menos?» Es decir, yo estaba dispuesto... en fin, a jugarle el bigote, si sabía el motivo. Y

Bradford se puso aún más furioso. Dijo que no le explicaba a nadie sus razones, y que para eso era el patrón. Le contesté que si no me decía la razón por la cual tenía que cargar contigo... No pude acabar porque quiso tocarme el hocico. Le aticé un par de mamporros, y me largué. Habíamos terminado. Y por eso mismo, porque habíamos terminado, para que no me hiciera luego alguna jugarreta, acusándome, por ejemplo, de haberle robado un arma, dejé allí mi pistola con el tubo silenciador. En el ropero.

—Eso demuestra lo borrico que eres. Alguien se aprovechó. Trataré de encontrar a ese alguien. ¿Conoces a un tal Monty Wolsey?

—De vista. Es el inglés que se casará con Gloria.

—¿Conoces a Gloria?

—De vista. Fue a ella a quién le quitó Monty Wolsey el anuncio donde venía tu dirección.

—¿Monty Wolsey y Bradford se trataban?

—El inglés venía al Krystal. Les oí a los dos comentar las excelentes condiciones del puerto de Southampton, y que la respetabilidad ajena era la base que lo garantizaba todo. No comprendí nada, pero me barrené el seso para lograr adivinar qué podía significar aquello. Sigo esa entenderlo. Los dos se trataban como antiguos amigos.

—Bradford estuvo algún tiempo por Inglaterra. Bueno Bart. Olfateo algo del negocio ése, aunque no sirve para cazar al asesino.

—Pues sí que es un consuelo. ¿No eres tú el tipo listísimo? ¿O es que vas a resultarme un presumido, sin más?

—Pronto lo sabrás, Bart.

—¿Cómo?

—Si no te llevan a la cámara de gas, es que tuve suerte.

Prescot se pasó la mano por la sudorosa cara.

—No echas a chacota el asunto, Duff. Todo me acusa. Y es mal asunto, vamos, un abuso, eso de pagar por lo que no rompe uno.

—Haré lo máximo que pueda. En el fondo, me causaste gracia desde un principio. Eres un matón de los antiguos. Sanote y tal. No tienes la culpa de haber elegido mal el pesebre.

Chambers abandonó la celda de interrogatorios.

En el despacho de Hartland, expuso:

—Nada en concreto, pero es perder el tiempo intentar que cante,

porque no sacaré otra tonadilla que la única legítima. No mató a Bradford.

—¿En qué se basa? ¿Tiene sospechas de algo, Duff?

—Muy confusas, palabra. Pero si veo un atisbo de luz, acudiré como el rayo a comunicárselo, capitán.

—Estamos elaborando la lista de los perjudicados por Bradford, desde Nueva York. Son bastantes.

—Por eliminación, pueden dar con el que aprovechó la pistola de Bart Prescott.

—¿Tiene alguna pista?

—Ninguna, pero trataré de hallarla.

* * *

Karina Lizzard abrió, después que la dueña de la pensión donde se alojaba había alternado con paciente ritmo los golpes en la puerta, con la reiteración cada vez más elevada de tono de su nombre.

La patrona se retiró con profesional discreción.

Duff Chambers entró en el cuarto.

Bostezando, acabó Karina de ceñirse la bata, dirigiéndose al lavabo:

Cogió del estante un frasco lechoso y un algodón, procediendo a aplicarse la loción facial, mirándose al espejo.

Como si estuviera sola en el dormitorio-lavabo-sala de estar.

—¿Soy el primero en acudir, Karina?

—No capto la mala baba de la pregunta.

—Me refiero a policías.

—Por ahora, desgraciadamente, no tengo nada pendiente con la policía.

—Necesitarás dinero para irte de aquí, Karina.

—¿Y por qué iba yo a irme?

—Darán contigo. La policía puede ser lenta en ocasiones, pero acaba siempre por demostrar que sirve para algo.

—Todavía está usted vivo. He meditado. No me conviene perderme hasta no asegurarme que no me echarán la culpa cuando logre meterle en el cuerpo todo el plomo que pueda.

—Medita y tardarás, por suerte, en hallar el medio.

Últimamente, he ganado algún dinero fácil con declaraciones a la Prensa. Puedo ofrecerte hasta dos mil dólares. Con ellos, fuera de los Estados, mientras aún estás a tiempo de irte, puedes seguir mejores caminos.

—Váyase al diablo, ¿quiere?

—No quiero. ¿A qué hora dejaste el Krystal anoche?

—Por lo que fuera, no me encontraba en forma, y me marché hacia la medianoche.

—¿Sin despedirte de Bradford?

—No me despido de nadie.

—Bien. Ya leerás los periódicos hoy.

—Mientras, no lleven su esquela, no me interesan.

—Llevan la esquela de Buster Bradford.

Estaba ella peinándose la larga melena. Permaneció con los codos inmóviles en alto. Una postura sensual, pero involuntaria.

—Tres plomos, Karina. Entre la medianoche y la una.

Mirando por el espejo al que a su espalda hablaba, encogió ella los hombros, con aparente indiferencia.

Prosiguió Chambers:

—Puede que el teniente Compton se imagine que tienes algo que ver con esta muerte. Está indagando los pasos de Bradford desde Nueva York, y llegarán a indagar por Miami.

—¿A la medianoche? Curioso.

—¿Qué es lo curioso?

—Averíguelo usted mismo. Gracias por la oferta, pero no tengo por qué escapar. Eso quisiera usted. Y a lo mejor, alguien me paga mucho más de dos mil.

—Escucha, y va por última y definitiva vez, Karina. Si piensas cosechar oro, no olvides que la gentuza paga con plomo.

—¡Largo de aquí, Chambers! Ya me vuelve el dolor de cabeza.

—¿Qué fue lo curioso que pasó a la medianoche?

—Tengo que vestirme. Salga.

—Piénsalo bien. Si sabes algo...

—¡Fuera de aquí! Sería ridículo que tuviera que llamar a la patrona.

—Lo sería. Ya conoces mi dirección y mi teléfono.

Una sonrisa despreciativa se dibujó en los labios de Karina Lizzard, al replicar:

—Usted es duro de entendederas. Si me muriese de sed, y fuera usted el único hombre de la tierra que, pudiera darme agua, preferiría morirme.

En silencio, se dirigió Chambers a la puerta.

Abriendo, afirmó:

—Por mí, ya nos hemos visto sobradamente, Karina.

En la calle, antes de entrar en su coche, fue a un *drugstore*, en cuya cabina marcó los números de la Brigada de Homicidios 17.

Pidió por el capitán Ross Hartland.

Le conectaron con el teléfono de un coche patrullero.

Hartland rezongó:

—Hable, Duff.

—Vaya anotando, jefe. En el 174, Anna Harbor Street, pensión, cuarto piso, reside Karina Lizzard...

Oyó la voz gangosa repitiendo el dictado:

—... reside Karina Lizzard...

—Se está vistiendo, y no creo que emplee el teléfono, ya que se halla en el pasillo. Pero hágalo intervenir, por si acaso.

—... Intervenir. ¿Qué más, talento?

—Envíe a sus mejores sombras. Creo que, siguiendo los pasos de Karina, darán con el asesino de Bradford.

—... los pasos de Karina. ¿Por qué lo cree así, Duff?

—Ella sabe algo de lo que pasaba en el despacho de Bradford ayer noche. No lo dirá. Es terca como una mulilla. Perderán el tiempo interrogándola.

—¿Usted cree?

—Odia a los policías. Creo que ha planeado un chantaje. Compruébelo.

—Comprobaré, y gracias por la colaboración, muchacho.

—De nada. Hoy por ti, mañana por mí. Abur, capi.

CAPÍTULO XI

Peter Hudson anunció que las gemelas estaban en su «hora musical».

Acariciaba con mano cariñosa el lomo de un *samovar* que iba calentándose hasta que el pitido del vapor notificó que el café estaba a punto.

A su lado, en pie, Chambers comprobó que el sillón de ruedas tenía en sus amplios brazales una licorera y una radio de transistores.

Aceptó la taza de café, denegando el coñac que el escritor se sirvió, mezclándolo con el café.

Señalando el florero de cristal donde verticalmente se afianzaban las estilográficas de diversos colores, comentó Chambers:

—Siete plumas.

—Como los jefes indios. Las empleo según mi circunstancia del momento. Si estoy malhumorado, agarro la que tiene tinta rosa. Un poco de alcohol en tinta roja, da un precioso color sonrosado. Escribo cuentos de amor idílico para una revista femenina. Tengo el pudor de firmar Pamela Hellson. Cuando estoy de buen talante, empleo la cargada con tinta rabiosamente roja, y es mi colaboración de cuentos macabros, sanguinarios y repelentes para el *Funeral's Magazine*. Para las policiacas, empleo tinta azul zafiro. La violeta es para mí diario.

—Usted me parece muy imparcial, señor Hudson. ¿Tiene algo en concreto en contra de Monty Wolsey?

—Estoy deformado por una mielitis que no es melosa sino medular, y también por la profesión de rellenar papel. ¿Sabe cuál es el sudario más precioso? Una blanca hoja de buen papel pergamino. Aunque no pienso morir escribiendo, no. Deseo convertirme en

cenizas. Bien, volviendo al tema que usted plantea, le diré que hasta en un gato que se despereza al borde de un tejado veo motivo para insertarlo en alguna policiaca.

—Por ello mismo, su mente debe captar mucho más que la corriente.

—Un hombre inmovilizado a la fuerza, se mueve mucho cerebralmente. A mí, los árboles no me impiden ver el bosque. Ustedes, los que poseen la ventaja de moverse sobre buenas piernas, están en perpetuo movimiento, y no aquilatan ciertas ondas especiales.

—Por esto vine a consultarle.

—Y me agrada mucho charlar con alguien inteligente, mientras no tengo un espejo delante. Me toman por un maniático, un hombre salvaje mental, alejado de la sociedad. Me hablan como a un habitante de otro planeta. Y acecho siempre. Siempre acecho al asesino en potencia. El orden de los procesos lo invierto. La policía dice: «Dadme un cadáver, y buscaré al criminal». Yo sustento una teoría que me llevará a la fama o al manicomio: «Dadme una persona normal, dejadme sondearla, y descubriré su crimen secreto». Muchos mueren sin haber realizado su asesinato mental, pero en todos alienta.

—¿A quién ha matado usted, fuera del papel?

—A numerosas personas. De joven, a mis pegajosos acreedores. Más tarde, a los abundantes cronófagos. Esos comedores de nuestro tiempo, como los que vienen a venderle a uno el ataúd, con caballos, y caja forrada. Hoy solo quiero matar a un ser horrendo, de cara espeluznante: el tedio. Lo consigo a ratos. Y basta de divagar. Siéntese y atienda, muchacho.

Hurgó Peter Hudson en el hueco del brazo izquierdo del sillón de ruedas.

Extrajo un libro de tapas de negra piel, con filos azules. Lo abrió.

En la cubierta, aparecía la misma palabra, a cuatro tintas: «Nocturno».

Explicó:

—Antes de hundirme en este preludio de dulce muerte que es el sueño, escribo mis impresiones de la jornada. Generalmente versan sobre el elemento humano. Me ha pedido mi opinión sobre Monty Wolsey. La resumiré por los apuntes tomados en este diario. Leeré

lentamente. Puede tomar notas. A lo mejor, usted mismo detecta la espoleta de la bomba... Sí, porque hay una bomba con la mecha lista a fulminar.

Fue leyendo Hudson las líneas escritas con tinta de claro rojo:

—«Gloria irradia una nueva zozobra amorosa que no es la inspirada por Farley. Ha conocido a un tal Monty Wolsey, piloto aviador, británico, industrial y casi *play-boy*, pero utilitario, según ella. Quiere presentármelo».

Sorbió un poco de coñac vertido en otra taza, antes de continuar:

—«El ex piloto por vocación quiere conocerme. Flora tiene sospechas intuitivas. Ha visitado a un detective. Es vergonzoso que no acudiese a mí, un especialista en tramitar urdimbres delictivas. El día en que se generalice la costumbre que va tomando auge de ser los policías profesionales los que escriban policíacas, nosotros los que las escribíamos, ante la descarada competencia de los más expertos, tendremos que meditar en la conveniencia de elegir la profesión secundaria para la que hemos realizado un buen aprendizaje. O bien vivir del delito, o atrapar delincuentes. Monty Wolsey opina que yo podría ser el representante de sus raquetas. Una propaganda paradójica para un inválido. Me recuerda la del jabón anunciando en un dibujo a dos astrosos mendigos, que dicen que desde que emplean el jabón su tez ha mejorado mucho. Será buena propaganda mi foto de hombre-metido-en-silla-rodante, para animar a los demás a galopar con trote borriquero por las pistas de tenis. Monty alude a mi respetabilidad actual, ya que hasta ahora me he negado a valerme de mi profesión para publicidades. Desea mi respetabilidad. Es ya respetable él. ¿Para qué necesita otro hombre respetable, si todo es respetable en su negocio?».

Chambers subrayó en su cuaderno la taquigráfica mención «respetable».

—«Monty vende raquetas, pero su mentalidad es de aventurero inquieto. Percibo que Gloria se siente atraída por deslumbramiento. Monty toma mañana el avión para seleccionar los diversos tipos de raqueta que vendrán a mi nombre, por avión. Es activo el hombre. Le he firmado toda la documentación comercial por la que acepto ser el representante de las raquetas «Softer». Dentro de cuatro días, llegarán aquí las cuatro cajas de raquetas».

Alzó Hudson la vista. Había algo sardónico en su expresión.

—¿Hay algo más candoroso que una raqueta expedida por una respetable fábrica inglesa a un respetable inválido? Monty Wolsey parecía más enamorado de sus raquetas que de Gloria. Hasta mi hija se dio cuenta. ¿Le aburre mi dietario?

—Todo lo contrario.

Siguió Hudson leyendo:

—«Han llegado las cuatro cajas, firmando yo los aranceles de aduana. Monty llega en el avión siguiente. Unas raquetas ligeras. A mis dieciocho años fui un fanático tenista. He sopesado algunas. Bien equilibradas. Y a un precio que garantiza una rápida venta. Los catálogos californianos no pueden competir».

Hudson volvió a sonreír solamente con los ojos.

Los fijó de nuevo en otra hoja de su dietario:

—«He dispuesto como almacén-depósito de los envíos que tenía que hacerme la fábrica “Softer” el solárium de la terraza. Cuando vino Monty, protestó. El sol no debe dar en las raquetas. Las alineó con mimo. Le dejé. Bajó un cuarto de hora después. Tuvimos una breve conversación. No la anoto».

Cerró Hudson su libro.

Miró al trasluz la tacita de cristal en que se transparentaba el coñac.

—Monty Wolsey ha renunciado a casarse con Gloria. Aceptó ser grosero. Lo único que no perdona Gloria es la grosería. La he educado en un credo especial de acatamiento a los buenos modos, mientras no pidan lo contrario los demás. Monty supo ser caballerosamente grosero. Gloria ha llorado satisfactoriamente. Vuelve a meditar en el correctísimo y tímido Farley. Un chico guapo. Habrá boda entre los hermanos Harrison y mis gemelas. Para mí, todo ha terminado, por lo que se refiere a Monty Wolsey.

—¿Y para mí?

—Creo que Wolsey, esta misma mañana, ha sacado billete de regreso definitivo a Londres. Hacia las tres, un avión surcará este cielo que azul parece, llevándose a Monty Wolsey.

—Si usted logró que renunciase a Gloria, —¿fue a cambio de su silencio, señor Hudson?

—Un delito no consumado se queda en conato impune.

—Salvo si hay un muerto por medio.

—En mi solárium, que yo sepa, no había muertos.

—Un tal Buster Bradford estaba interesadísimo en Gloria, desde que apareció Wolsey. Y anoche lo mataron.

—¿Bradford? ¿Qué clase de individuo era?

—Capaz de todo, si había por medio dinero abundante.

—También Wolsey era capaz de todo, si olfateaba dinero en abundancia. La dote de Gloria no es muy abundante.

—¿Qué contenían las raquetas, señor Hudson?

—Sagaz y potente pregunta, joven. El mango del tipo de raqueta 14, era hueco. Muy bien acoplado. Se enroscaba. Había que levantar la cantonera de cuero claveteada para dar con el hueco relleno.

—¿Rellenos de qué?

—Los franceses usan apodosados para lo que contenían los huecos mangos de veinte raquetas. «Respirette», «pequeña hada blanca», «nieve», «coco»...

—¡Cocaína!

—Esto era lo que sacaba Monty, creyéndose solo en mi terraza.

—¡Claro! Y necesitaba alguien para introducirla. Alguien en apariencia inofensivo. ¡Y Bradford era el más adecuado para distribuirla!

—Monty estuvo herido en accidente de coche. Volaba a ras de suelo. Conoció a un químico intachable, pero pobre. Está de gerente en una casa farmacéutica de Southampton. Cuando vino aquí Monty, se encontró con Bradford, al que conocía de Londres. Todo eso me lo explicó, cuando yo le juré que no pensaba denunciarle, al ser simplemente un conato de contrabando su fracasado intento de vender raquetas a mi costa. Bradford planteó el negocio. Todo iría como una seda. Una fábrica respetable enviando a un representante tranquilo. Gloria, hacia la que sentía cierta atracción, le sirvió de introductora.

—¿Le descubrió ayer tarde?

—Eso es. Y por la noche, supongo que iría a despedirse de Bradford, y contarle que todo había fracasado. ¿Se explicaron a plomo limpio? ¿Dónde va tan embalado, muchacho?

—A sacar de un establo con rejas a un borrico. ¡Gracias, señor Hudson! Tiene usted mucho talento deductivo.

—No. Es simplemente superabundancia de imaginación.

* * *

Me llamas como siempre. El pienso y diez pavos diarios. Y a esperar que termine mis memorias.

—¡Magnífico, Duff! En el fondo, al irte conociendo, resultas casi simpaticón...

—Al coche, Bart. Tenemos que ir a Reno.

—¡Caray! ¿Te vas a casar, y empiezas por el final?

* * *

Doris Lucas se acercó lentamente.

Duff Chambers ondeó la mano.

—¿Llego aún a tiempo, bebé?

Unos labios paradójicamente deliciosos. Fresa con sabor a manzana.

Bart Prescott aspiró a fondo, en busca de aire, casi asfixiado.

Por reflejo de asociación ante aquel beso interminable.

Buenos pulmones los de su patrón.

Un tipo listo, Duff.

Se casaba en Reno, previsor.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispensa
a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España